

ISBN: 978-628-7504-77-6

Un daño contra una persona es una afrenta contra toda la humanidad

*Relatos de
víctimas del
conflicto armado
colombiano y de
la violencia
endémica en
Colombia*



David Sáenz Guerrero

¿Cómo reparar a la víctima si ya el daño está hecho y nada podrá cambiarlo? Intentarlo significaría una pelea contra el tiempo. Contra el tiempo que no dominamos y contra la muerte que nos deja indefensos. Entonces, ¿cómo reparar a la víctima? Puede que una forma de hacerlo –aunque nunca sea suficiente–, consista en escuchar a la víctima. Construir su verdadero rostro a través de una atención cuidadosa, la cual permita que cada una de sus palabras se convierta en una línea para dibujar la expresión de su humanidad. Al fin y al cabo, la humanidad es el elemento esencial que nos hace uno con las personas que han vivido de cerca la violencia.



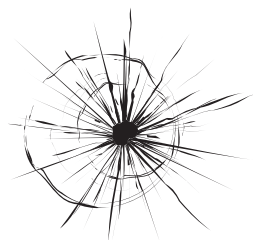
UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS
PRIMER CLAUSTRO UNIVERSITARIO DE COLOMBIA
T U N J A



Un daño contra una persona es una afrenta contra toda la humanidad. Relatos de víctimas del conflicto armado colombiano y de la violencia endémica en Colombia | David Sáenz Guerrero



ediciones
USTA
UNIVERSIDAD
SANTO TOMÁS



*Un daño contra
una persona
es una afrenta
contra toda
la humanidad*

*Relatos de víctimas del
conflicto armado colombiano
y de la violencia endémica en Colombia*



UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS
PRIMER CLAUSTRO UNIVERSITARIO DE COLOMBIA
T U N J A



Un daño contra una persona es una afrenta contra toda la humanidad

*Relatos de víctimas del
conflicto armado colombiano
y de la violencia endémica en Colombia*

Autor
David Sáenz Guerrero



Un daño contra una persona es una afrenta contra toda la humanidad. Relatos de víctimas del conflicto armado colombiano y de la violencia endémica en Colombia
Autor: David Sáenz Guerrero
ISBN: 978-628-7504-77-6

Comité editorial

Fr. Álvaro José ARANGO RESTREPO, O.P.
Rector

Fr. Omar Orlando SANCHEZ SUÁREZ, O.P.
Vicerrector Académico

Fr. Héctor Mauricio VARGAS RODRÍGUEZ, O.P.
Vicerrector administrativo y Financiero

María Ximena ARIZA GARCÍA
Directora Ediciones Usta Tunja

Sandra Consuelo DÍAZ BELLO
Directora Unidad de Investigación e Innovación

Juan Carlos CANOLES VÁSQUEZ
Director Centro de Recursos para el Aprendizaje y la Investigación

Primera edición, 2022

ISBN: 978-628-7504-77-6

Corrección de Estilo:
Fr. Ángel María BELTRAN NARANJO, O.P.

Diagramación e impresión:
Editorial JOTAMAR S.A.S. • Calle 57 No. 3 - 39 • Tunja - Boyacá - Colombia.

Foto portada: Jesús ABAD COLORADO

Todos los derechos reservados conforme a la ley. Se permite la reproducción citando fuente. El pensamiento que se expresa en esta obra, es exclusiva responsabilidad de los autores y no compromete la ideología de la Universidad Santo Tomás.



Ediciones Usta
Universidad Santo Tomás
2022
Departamento Ediciones Usta Tunja
Universidad Santo Tomás Seccional Tunja

Queda prohibida la reproducción parcial o total de este libro por cualquier proceso reprográfico o fónico, especialmente por fotocopia, microfilme, offset o mimeógrafo.

Ley 23 de 1982.

Dedicatoria

*A mi madre, quien me enseñó el amor
por la escucha atenta al relato del otro.*

Agradecimientos

Agradezco a María Paula Moreno Mendieta, a Juan Francisco Correa Higuera, O.P y a Juan Felipe Rivera Pardo, quienes creyeron desde el inicio en este proyecto. También manifiesto infinita gratitud y respeto a las personas a quienes escuché durante varios años para construir los relatos que se encuentran en la presente obra. Espero que sus voces le permitan sentir al lector, la bondad, la sabiduría, la franqueza, la incertidumbre y la profunda humanidad que yo sentí al escucharlas y escribir sobre ellas.



Biografía del autor

Comunicador Social y magíster en Educación con énfasis en Desarrollo Humano. Ha trabajado como docente en Colombia y en Estados Unidos. Desde el año 2014 ha sido profesor de la Universidad Santo Tomás, sede Villavicencio y Seccional Tunja. Ha laborado en el Departamento de Humanidades y Formación Integral, así como en el Instituto de Lenguas Extranjeras. Ha escrito durante los últimos años en medios de comunicación nacionales y regionales.





Tabla de contenidos

<i>Prólogo</i>	<i>13</i>
<i>Introducción.....</i>	<i>19</i>
<i>A mí hermano lo engañaron, lo mataron y lo hicieron pasar por guerrillero</i>	<i>25</i>
<i>Yo vi los cuerpos torturados de la masacre de Mapiripán.....</i>	<i>39</i>
<i>Yo escuché los disparos con los que mataron a mi amiga la costeña.....</i>	<i>49</i>
<i>El pensamiento me espera en el campo y no en la Universidad, relato de una víctima.....</i>	<i>57</i>
<i>Vivir en el campo en Colombia es convivir con la violencia</i>	<i>65</i>
<i>Todavía no logro comprender cómo un ser humano puede matar a otro</i>	<i>75</i>
<i>La violencia del país es endémica.....</i>	<i>87</i>
<i>Referencias</i>	<i>97</i>



Prólogo

I. COMPRENDER. Wilhelm Dilthey (1833-1911) propuso, en la segunda mitad del siglo XIX, la distinción de las ciencias en dos ramas. Por un lado, las ciencias del espíritu, también llamadas humanas o blandas por algunos, y por otro lado, las ciencias naturales, exactas o duras. Esta distinción, que ha conocido desarrollos y críticas desde entonces, se funda entre otras cosas, en una diferencia de método. En este sentido, las ciencias exactas trabajan desde la formulación lógico-matemática, las relaciones de causalidad y en definitiva, desde el método hipotético-deductivo. Por su parte, las ciencias humanas y sociales, como la filosofía, la historia o la antropología, entre otras, fundan su método desde un horizonte distinto. No les interesa tanto el explicar como el comprender. Comprender al hombre y sus comportamientos, sus posicionamientos políticos o la ausencia de los mismos, su manera de resolver o de crear conflictos, sus proyecciones o esperanzas a nivel del espíritu, su devenir histórico o su capacidad de construcción/destrucción. En ese campo, las fórmulas matemáticas y las relaciones causa-efecto se han mostrado improcedentes. En cambio, la observación atenta, permanente y metódica ocupa aquí un lugar central.

A pesar de la diferencia de métodos y de objetivos al interior de esta categorización ya clásica de las ciencias, hay un elemento que las

hermana y las sitúa en plano de igualdad: la diversidad de perspectivas y de investigadores que pueden avanzarse en sus terrenos. Si en las ciencias exactas la diferencia que puede haber entre los resultados de una misma experimentación son motivo de confrontación y de mayor exigencia a nivel metodológico, en las ciencias humanas la divergencia es también motivo de debate y de creación de consensos. En ambos casos, la diversidad significa la presencia de creatividad, de nuevas apuestas y problemáticas y de una mayor complejidad temática. Al fin y al cabo, el mundo y el hombre no tienen nada de simples, y la pretensión de explicarlos o comprenderlos en su totalidad es irrealizable, aunque paradójicamente dicha pretensión sea también el motor que haga mover el interés por el conocimiento.

Esto quiere decir que la diversidad, la emergencia de nuevas miradas y de nuevos investigadores — no sólo en los centros de investigación y universidades, sino también en todo aquello que pueda ser calificado como público —, son muestra de un ejercicio vivo que avanza y que busca legítimamente explicar y comprender mejor. Thomas Kuhn (1922-1996) valora, en ese sentido, la intervención de jóvenes en los debates científicos, puesto que son ellos los que están menos comprometidos con “la visión del mundo y las reglas determinadas por el viejo paradigma¹”, pudiendo así aventurarse a formular algo nuevo. Kuhn, en pleno siglo xx, pareciera hacer eco a lo que catorce siglos antes san Benito de Nursia postulaba en su regla monástica. En efecto, para el santo patriarca, los asuntos de importancia de un monasterio deben tratarse entre todos los monjes, portando una atención especial al parecer de los jóvenes, “porque muchas veces el Señor revela al más joven lo que es mejor²”.

1 Thomas Samuel Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas; ensayo preliminar de Ian Hacking; trad. de Carlos Solís Santos; trad. del ensayo de Dennis Peña*, Cuarta edición en español, Breviarios del Fondo de Cultura Económica 213 (Mexico: Fondo de Cultura Económica, 2013), 302.

2 Cap. III, 3.

Es verdad, los jóvenes no son aquí los únicos poseedores de las cualidades para continuar la construcción de la escalera del progreso científico. Al hacer referencia a los jóvenes, nos referimos en primer lugar a aquellos recién llegados a una determinada disciplina. Pero también hacen parte de estos “jóvenes” aquellos personajes e incluso aquellas obras que irrumpen en la escena del debate público. Joven es, en un sentido metafórico, toda tentativa por renovar los modelos existentes, por poner a prueba los criterios y métodos clásicos, y a la larga, por dar el salto decisivo hacia la formulación de los nuevos paradigmas de la ciencia, como lo diría el filósofo Kuhn.

A este desafío se enfrenta el resultado periodístico que nos presenta David Sáenz. El documento que el lector tiene en sus manos, es una nueva apuesta que se suma a los esfuerzos de tantos otros investigadores por comprender la historia no sólo de las víctimas, sino de todo un pueblo que no ha conocido el apaciguamiento de sus violentos ímpetus. Y ciertamente se trata de una apuesta, ya que tal vez nunca se pueda comprender enteramente lo que sucedió y sigue sucediendo en el marco de la guerra fratricida que conoce Colombia desde hace décadas.

II. ESCUCHAR. Una actitud clave, en todo caso, se le exige al lector de la presente obra: la de escuchar. Los procesos de recuperación de la memoria histórica, que se evidencian en las páginas que siguen, son el resultado de una escucha paciente y silenciosa, casi como la de un monje que intenta escudriñar la sabiduría arcana de una escritura que le habla en la soledad de su celda, o como la del científico que no puede saltarse las etapas de unas pruebas de laboratorio sin el riesgo de falsear el resultado.

En efecto, el comunicador y periodista que es David Sáenz ha dejado hablar a sus interlocutores, y de esta manera, ha recogido sus testimonios. Luego, estos han sido puestos en palabras, imágenes e intentos de representación, a veces precarios y siempre limitados, no por ningún tipo de deficiencia de sus

protagonistas, sino por la singularidad de sus tragedias y por la inhumanidad de la que están cargadas. De hecho, estas dos características de las historias que se presentan a continuación, a saber, lo singular y lo inhumano, desafían todo intento de verbalización de lo vivido. Las convenciones sociales que han formado el lenguaje y que a su vez permiten nuestra comunicación, son sin duda sobrepasadas por fenómenos que no tienen nada de convencional ni de humano. Por esta razón, es meritoria la colección de relatos que aquí se presenta.

Cual monje contemplativo o cual científico aplicado — roles que en tantas ocasiones fueron ejercidos por una misma persona sin mayor dificultad —, David Sáenz ha honrado dos imperativos de la ley mosaica, de la cual bebió la construcción identitaria de la nación colombiana, sin aún haber absorbido de ella su sustancia. Se trata, en primer lugar, de aquel imperativo procedimental que precede toda ley: “*Shemá Israel*, escucha Israel” (Dt 6,4). Todo mandamiento, todo ordenamiento jurídico o social, toda pretensión de poder o de justicia, encuentra su lugar en el corazón del hombre sólo si este está dispuesto a escuchar. En un segundo momento, aunque no secundariamente, aparece un imperativo ético. Éste explicita al primero, puesto que, si bien es cierto que la etapa de la escucha se orienta hacia un ordenamiento social por medio de la ley, ello no puede hacerse sin tener en cuenta las individualidades que conforman el conjunto social. De manera particular, el legislador bíblico llama la atención sobre aquellos que se encuentran en situación de marginalidad: el extranjero, el huérfano y la viuda (Dt 24,19).

Con estos presupuestos se ha realizado el trabajo que hoy rinde sus frutos. A partir de los relatos de los que son extranjeros en su tierra, de los que han sido forzados a la orfandad o a la viudez, se han construido los textos que constituyen esta obra. Las narraciones de los hombres y mujeres que no han salido ilesos de la guerra, forman aquí un mosaico literario. Sus

palabras, a veces titubeantes y tímidas, contienen una verdad profunda que nos corresponde ahora escuchar.

¿Por qué escuchar estos testimonios? En primer lugar, porque hay que sacar del anonimato a sus sufrientes autores. La singularidad de sus experiencias los ha aislado, al punto que algo tan esencial como el lenguaje pareciera ser incapaz de reincorporarlos a sus comunidades y núcleos familiares. Lo impresionante que puede resultar la escucha de alguno de sus testimonios, no es sino una muestra de lo difícil que pudo ser para ellos hablar de sus vidas quebradas. Y si es imposible ponernos en su lugar, dada la extrema singularidad del horror que han vivido, sí debemos dar muestras de humanidad al escuchar con respeto y empatía lo que han penado en decirnos. En segundo lugar, porque estos relatos son una lección de confianza. El filósofo Paul Ricœur (1913-2005) afirma que “el crédito que se le da a la palabra de los otros hace del mundo social un mundo intersubjetivamente compartido³”. Es decir que solamente se puede construir una sociedad si se desiste de la idea de conquistar la historia y los valores de los otros, y por el contrario, se aprende a convivir y a confiar en sus puntos de vista, por muy distintos que sean. Al fin y al cabo, una sociedad que se diga y que quiera ser democrática, es aquella en donde caben todos los hombres, y en definitiva, en dónde tiene cabida el hombre. En este sentido, las historias que se presentan en este libro hacen pública la vida de personas muy distintas a nosotros, pero a la vez muy cercanas, pues por un azar de la vida a ellas y a nosotros nos ha correspondido compartir la misma tierra y nación.

En tercer lugar, porque una vez han sido consignados por escrito, estos textos se convierten en verdaderos testimonios para la labor del historiador y del juez. Son primicia de una justicia, histórica o jurídica, que tal vez algún día advendrá. También son una herramienta para que el ciudadano ordinario

3 Paul Ricœur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli* (Paris: Seuil, 2000), 207. Traducción propia.

pueda ilustrarse. Historiadores, jueces y ciudadanos, con la ayuda de este género de literatura, podrán ir formando, como lo señala Ricœur, “una opinión pública ilustrada que transforme el juzgamiento retrospectivo del delito en un juramento para evitar su reaparición⁴”.

Juan Francisco CORREA HIGUERA, OP
Universidad de la Sorbona - Instituto Católico de París

4 Ricœur, 436.



Introducción



¿A quiénes concierne la guerra? En la visión kantiana, el daño que se hace a una víctima es un daño que se le inflige a toda la humanidad.

(Grupo de Memoria Histórica. 2013, p. 14)



¿C

ómo reparar a la víctima si ya el daño está hecho y nada podrá cambiarlo? Intentarlo significaría una pelea contra el tiempo. Contra el tiempo que no dominamos y contra la muerte que nos deja indefensos. Entonces, ¿cómo reparar a la víctima? Puede que una forma de hacerlo –aunque nunca sea suficiente–, consista en escuchar a la víctima. Construir su verdadero rostro a través de una atención cuidadosa, la cual permita que cada una de sus palabras se convierta en una línea para dibujar la expresión de su humanidad. Al fin y al cabo, la humanidad es el elemento esencial que nos hace uno con las personas que han vivido de cerca la violencia.

Este intento, busca que a través de los relatos nos arriesguemos a sentir el dolor del otro. Pretensión que se hace prácticamente imposible, aun así, cuando leemos los relatos de las víctimas, las acompañamos en su dolor, dado que imaginamos sus tragedias y sus padecimientos. Ponernos en la piel de la víctima hace que nos digamos en nuestro interior: ¡nunca más!, ¡nadie puede volver a vivir algo así!

Tal convencimiento nos transforma desde la interioridad. Es allí en donde surge la fuerza para trabajar por la paz y la justicia. Justo en esta nueva forma de concebir a la víctima se abre un camino para su reparación, puesto que una de las circunstancias que más sufren las víctimas es la invisibilización de sus historias y de sus vidas.

En Colombia, víctimas hay en muchas partes. Bien sabemos que son más de ocho millones. No obstante, el número es frío, no nos dice mucho. Sólo las palabras que surgen de la intimidad de quien ha sido testigo nos puede despertar de la pesadilla de la indiferencia.

Por consiguiente, los relatos que se encontrarán en este libro tienen entre sus intenciones, hacer que algo se estremezca en nosotros y nos mueva a la acción. El imaginar el dolor de las víctimas y lograr con nuestras acciones como seres humanos y como ciudadanos, el anhelado *nunca más*, será un gran inicio para la construcción de la paz y para la reparación de los más sufrientes en el contexto de la violencia.

Algunos de estos relatos han surgido de múltiples encuentros y entrevistas con estudiantes universitarios y de personas con quienes me he encontrado en viajes por la Orinoquía colombiana. Ellos y ellas han querido narrar sus historias, desean que sus voces retumben en las conciencias de los lectores. También porque con sus narraciones desean exorcizar la desgracia de la violencia. Es a través del relato que

le buscan sentido a sus historias, las cuales desean que nadie, nunca más, las tenga que vivir.

Los textos que encontrarán en este pequeño libro son fruto de la escucha atenta al otro, de la observación de sus gestos, del pasar tiempo en silencio acompañando al otro mientras encuentra las palabras para describir y para expresar sus recuerdos. Mientras que escuchaba estos relatos, a veces sentía que las personas no estaban ahí, sino que habían viajado al mundo interior de las memorias más íntimas y escabrosas. (Alexievich, 2015) en su libro, *La guerra no tiene rostro de mujer*, nos hace reflexionar sobre lo que implica recordar:

“Los recuerdos no son un relato apasionado o impasible de la realidad desaparecida, son el renacimiento del pasado, cuando el tiempo vuelve a suceder. Recordar es, sobre todo, un acto creativo. Al relatar, la gente crea, redacta su vida. A veces añaden algunas líneas o reescriben. Entonces tengo que estar alerta. En guardia. Y al mismo tiempo, el dolor derrite cualquier nota de falsedad, la aniquila. ¡La temperatura es demasiado alta!” (Alexievich, 2015, p. 15)

Estos relatos no pretenden develar una verdad en términos de una investigación policiaca o judicial, sólo buscan revelar la verdad del mundo interior, la verdad subjetiva de la víctima. En las narraciones, “me doy cuenta de que trato con versiones y que cada uno me ofrece la suya. ”. (Alexievich, 2015, pp. 19). Así mismo, que el oficio de escuchar para escribir este tipo de relatos, tiene que ver con, “escuchar el sonido del alma” (Alexievich, 2015, p. 16).

Dadas las circunstancias se invita al lector a *escuchar* atentamente las palabras de quienes nos dejan su testimonio, de quienes han sido testigos del dolor

que emana, no solamente del conflicto que ha azotado a Colombia, sino también de la violencia endémica que se presenta en muchos escenarios de nuestro país, incluida la familia.

Estos textos, en los que he escuchado a quienes han confiado en mí, son un ensayo - que espero no sea tan inútil - de poner en las manos del lector una muestra del sufrimiento de seres humanos, víctimas del conflicto, de personas a quienes la vida cotidiana se les quebró, debido a una violencia que ellos no eligieron.

En estos textos encontrarán sus voces, unas voces que tienen que resonar en la memoria de los lectores, para que estos le pongan un rostro humano a la violencia, a esta violencia que nos ha quitado la sensibilidad de la compasión y que por tanto, nos han hecho indiferentes y, en consecuencia, cómplices del dolor.

Una de las voces que *escucharán* es la de un joven estudiante universitario. Trato de recordar el primer día que lo vi en clase por primera vez, pero no lo consigo, mi frágil memoria lo evoca con una cachucha gris en una esquina del salón. En mi imagen todo él está vestido de gris, con una chaqueta gris y con unos tenis blancos que se muestran grises. Me parecía un poco extraño que siempre tuviese la gorra puesta. Después de escucharlo y escribir sobre él, creo que la gorra le hacía una especie de sombra en sus ojos para que no se pudiese ver la tristeza en su mirada, la mirada que vi el día que se quitó la cachucha e inició a narrarme parte de lo que se encontrará en este libro.

Marcel Proust elaboró un cuestionario que tenía como objeto el conocimiento de sí. Una de las preguntas era: ¿cuál es la manifestación más clara de la miseria? Enseguida pensé que la expresión más contundente de ésta, se revela en imposibilitar que jóvenes construyan el ser humano que desean llegar a ser.

La señal de esta miseria se hace evidente en Colombia, territorio en el que muchos jóvenes de lugares apartados, empobrecidos y abandonados, han sido invisibilizados por el resto de la sociedad y del país, enfrentándolos a vivir dos situaciones: la obligación de vivir las dinámicas de la guerra escogida por adultos y el impedimento de explorar sus capacidades creativas que les ayude a decidir cómo desean existir y para qué.

Por consiguiente, ¿qué podemos hacer como sociedad para que los jóvenes no tengan que vivir una historia de terror de camino a la escuela? ¿Cómo evitar que los jóvenes sigan viviendo en medio de una guerra que ellos no decidieron? ¿Por qué es necesario pensar que victimizamos a los jóvenes cuando les obligamos a ser lo que ellos no quieren ser?

*A mi hermano
lo engañaron, lo mataron y
lo hicieron pasar
por guerrillero*

“

“Atenta, escucho el dolor.. El dolor como prueba de la vida pasada. No existen otras pruebas, desconfío de las demás pruebas. Son demasiados los casos en que las palabras nos alejaron de la verdad.

Reflexiono sobre el sufrimiento, que es el grado superior de información, el que está en conexión directa con el misterio.

El misterio de la vida. La literatura rusa en su totalidad habla de esto. Se ha escrito más sobre el sufrimiento que sobre el amor.

Y las historias que yo escucho también...”

(Alexievich, 2015, p. 23)

”



Eso fue un miércoles del 2007. Estábamos a punto de viajar a Puerto Lleras, Meta. Mi hermano Simón llegó en ese momento y le dijo a mi mamá: “Dios te bendiga”. ¡Qué extrañas palabras para antes de la tragedia!

Ese jueves mi hermano se reuniría con unas personas que, según él, le habían ofrecido un trabajo muy importante. Supuestamente le pagarían el día a \$90.000 pesos. Él soñó inmediatamente con 2’700.000. En otras palabras; le ofrecieron esta vida y la otra. Mi hermano se alegró muchísimo porque le encantaba la plata y además la necesitaba.

El viernes en la noche, casi a las 11:30 mi mamá sintió un vacío en el pecho y se puso a llorar. Se levantó de la cama y dijo: “me lo mataron”. Yo no entendía de qué hablaba, tenía siete años. Le pregunté: “mamá, ¿cómo así?, ¿a quién mataron?”.

Cuando escuchó mis palabras seguramente se asustó de sus pensamientos. Entonces se acostó de nuevo y me dijo que no pasaba nada.

Al día siguiente me contaron que Simón había desaparecido. Ante la preocupación nos dirigimos a la estación de policía para poner la denuncia. Nos dijeron lo cotidiano: que teníamos que esperar 72 horas porque tal vez mi hermano solamente estaría de parranda. ¡Ojalá que esa hubiese sido la suerte!

El lunes regresamos a la Estación de Policía, ya el tiempo había pasado y no sabíamos nada de mi hermano. Hubo algo extraño de ese momento: no querían recibir la denuncia. Solamente ahora comprendemos que eso ya estaba cuadrado, puesto que en la muerte de mi hermano había militares y policías implicados. Ellos querían tener todo en secreto.

Mientras estábamos tratando de hacer esa diligencia, Esteban, mi otro hermano, recibió una llamada anónima en la que le dijeron: “no busquen más, si quieren el cadáver vayan a Hato Corozal, Casanare y lo desentierran, pero no busquen más, a su hermano lo matamos. Él nos debía unas cosas”.

Mi hermano Esteban trató de disimular porque mi mamá estaba cerca. Mi mamá estaba muy angustiada. Mi hermano simplemente pasó saliva. Por su expresión me di cuenta de que él había recibido una pésima noticia; lo mostró en su rostro.

Nos fuimos para la casa. Cuando llegamos, mi hermano le dijo a mi madre: “madrecita, yo le tengo que contar una cosa muy fuerte para la familia: nos mataron a Simón”. Apenas Esteban dijo eso, parece que se hizo consciente de la dura realidad que no había captado. Se fue para su cuarto y empezó a romper y a patear todo.

Mi pobre mamá entró en un choque muy fuerte, no sabía qué hacer. Se quedó callada, con el silencio de la muerte. Pasaron unos minutos y de un momento a otro se empezó a desvanecer como si fuera una mata a la que le quitaron su raíz desde dentro.

Llegó una ambulancia y se llevó a mi mamá. Yo me quedé en casa. Después llegó mi papá. En ese entonces y para ironía de la vida, él era activo en la policía. Vivía en Castilla, una zona dominada por la guerrilla. No podía venirse tan fácilmente porque se podría convertir en una presa de sus

adversarios. Finalmente, mi papá logró salir de allá en avioneta y llegar a Villavicencio.

Tal vez cinco meses después comenzaron las investigaciones y todo se tornó turbio. En Porfía, el barrio en el que nosotros vivíamos, se rotaron una serie de panfletos con la foto mía y con la de mi mamá. Ofrecían dos millones de pesos por información de nuestros pasos. Querían intimidarnos para que renunciáramos al deseo de conocer la verdad y de pedir justicia.

Un día iba para el centro de Porfía y un amigo me dijo: “mire chino, este es usted”. Yo me asusté, no podía creer que una foto mía estuviera en una hoja que parecía de periódico. Me espanté tanto que me pareció ver que todas las personas llevaban el panfleto en la mano. A mi corta edad (siete u ocho años) entendí que en este país le ponen precio a la vida de las personas, en este caso, a la mía y a la de mi madre.

Le llevé el papel a mi mamá y le dije sin miramiento alguno: “nos quieren matar”. Mi mamá entró en una angustia desmedida, no sabía qué hacer. Decidimos hablar con la fiscal que estaba llevando el caso de mi hermano y nos colocaron un policía las 24 horas del día. Yo tenía que ir al colegio con un agente y regresar a casa con uno de ellos. Todo era miedo, zozobra e incertidumbre.

Como ya teníamos idea de que era el ejército el responsable de la muerte de mi hermano, teníamos miedo hasta de los policías. Por tanto, se logró hacer un trámite para que un policía amigo de mi papá fuese quien nos cuidara. Solamente creíamos que un policía amigo era quien podría protegernos. Solamente la amistad puede cuidar.

La investigación concluyó que quienes mataron a mi hermano fueron siete integrantes del Ejército. Ahí empezaron las tenebrosas audiencias, yo me

imagino el infierno como una audiencia. Ahí vi a los culpables de la muerte de mi hermano.

Yo entraba a las audiencias. Se mostraron fotos, videos y conversaciones. Había toda una red para reclutar a personas con ciertas condiciones: necesitados de trabajo y que resultaran ser fáciles de seducir. En otras palabras, crearon la gran mentira. Les ofrecían tantas cosas que prácticamente les era imposible decir que no. Había muchos artificios para la seducción de por medio. Y si la persona estaba necesitada o le gustaba la plata no iba a ser capaz de entender que lo estaban engañando. Caemos ante la muestra más insignificante de riqueza y de poder. Así le pasó a Simón y a muchas otros. Esta organización logró engañar a más o menos veinte personas.

Sospecho que en algún instante pensaron en qué iban a trabajar, ¿será que en ese momento alguno imaginaría que cada minuto significaba estar más cerca de la muerte?

Me imagino que cuando mi hermano se dio cuenta de la mentira trató de escapar, porque en el carro había rastros de su sangre y de su cabello. También apareció un colmillo de él, eso quiere decir que lo torturaron. A veces tengo pesadillas en las que mi hermano está atado en medio de un grupo grande de personas, todos están inmóviles, excepto él, quien con todas sus fuerzas lucha por escapar y no lo consigue. Me despierto llorando y con el deseo de que mi hermano estuviera, tal como cuando estaba vivo y no era indiferente ante mi llanto.

A mi hermano lo entraron a un batallón y lo tuvieron más de cuatro horas. Yo no sé cómo lo entraron allá y ahora todos dicen que nadie se dio cuenta. Mi hermano tenía su teléfono y logró que se disparara una llamada a su mejor amigo. De esa llamada quedaron unos audios en donde mi hermano les ruega que lo dejen ir. Incluso mi hermano les decía: “yo les sirvo a ustedes

más vivo que muerto. Yo hago lo que sea, si hay que matar yo mato, pero no me maten, tengo hijos, tengo a mi mamita, tengo un hermanito, no me maten”.

En los audios se logra entender que la voz de mi hermano estaba cortada y que les rogaba que no lo mataran. Ellos lo insultaban y le decían: “cállese la jeta”. Incluso se atrevían a decirle cómo lo iban a matar.

Un día, en una de esas audiencias mostraron el video en el que los militares asesinaban a cada uno de esos muchachos. Se escuchaba el estrepitoso pa pa pa pa pa. Les daban las órdenes de correr y los mataban por la espalda, sin mirarlos a los ojos. Repito, sin mirarlos a los ojos. La única manera de lograr matar a otro es deshumanizándolo, es decir, sin mirarlo a los ojos.

En el video se muestra que a mi hermano le dispararon todos, no sólo uno. Él era altísimo, además era un hombre de gimnasio, por tanto, era fuerte y acuerpado. Creo que sabían que con él tendrían que ser más contundentes. Él había sido el único que se había intentado escapar.

Ellos al parecer dejaron la cámara encima de una piedra, se alcanzaba a ver el suelo. Mi hermano alcanzó a girar y verlos, ojalá que sus ojos se hayan encontrado con los de los militares y que cuando ellos lo vieran descender hubiesen caído en cuenta que mataron a un ser humano.

Lo macabro de la situación era que se veía cómo los verdugos se reían: festejaban la muerte. Ni siquiera entiendo para qué lo grabaron, lo cierto es que lo hicieron y en los videos se podía ver que en sus rostros no había culpa, en sus rostros había gozo, parecía que estuvieran en una fiesta. En el video los rostros son inconfundibles. Hay incluso uno que se graba como si se fuera a tomar una selfi.

En ese entonces, yo era fiel televidente de la serie, “Pandillas guerra y paz”, tanto así que, tenía una mentalidad muy dañada. El primer día que vi a los militares que mataron a mi hermano, me les acerqué y les hice saber que reconocía que en ese momento era un “peladito”, pero que cuando tuviera el poder iba a matar a los siete. Sánchez, el asesino de mi hermano, era uno de ellos y les dijo: “miren al hermanito de Simón alias la Barbie”. Este hombre dijo esto riéndose. Yo sólo me quedé mirándolos y se me salieron las lágrimas. El abogado de ellos se me acercó y me dijo: “no les ponga cuidado”. Todavía me pregunto, ¿cómo no prestar cuidado a su burla, a su humillación?”.

Tan pronto recuperé el aliento me fui para donde mi hermano Esteban, que también estaba ahí. Él era policía activo en ese momento, él estaba uniformado con la dotación. Le conté lo que me dijo Sánchez. Mi hermano se dirigió impulsivamente a este hombre, le apuntó con su arma y le dijo: “gran hijueputa, lo voy a matar. Cómo le dice eso a mi hermanito”. Cargó el arma y los de la guardia y los demás policías que estaban en el Palacio de Justicia le apuntaron a mi hermano.

Enseguida pensé, “ahora me van a matar a mi otro hermano”. Me arrodillé y les rogué a todos que se tranquilizaran. Le gritaba a mi hermano que se calmara. Cuando mi hermano me vio a los ojos guardó el arma y me abrazó. Mi papá también llegó y calmó a mi hermano. A mi hermano le quitaron su pistola de dotación y le prohibieron ingresar con armas a la audiencia.

Cuando pasó todo ese drama, tan instantáneo y definitivo, algo se apoderó de mí, y del ruego a mi hermano para que se calmara empecé a decirle: “mátelos, mátelos, ¿le va a quedar grande? Consígame un arma y yo los mato”.

Cuando me calmé pedí dos tintos. A mí no me gusta el tinto. Di la vuelta alrededor del Palacio de Justicia. Quería llegarles por la espalda a los asesinos

y echarles el líquido caliente en la cara. Justo cuando les iba a tirar el tinto por detrás, un guardián del INPEC me zarandeó y me hizo regar los tintos. Me sentí tonto, indefenso y humillado.

Después de muchas audiencias llegó la condena de los militares. Nos dijeron que nos iban a pagar a mi hermano. El proceso lleva once años y nada que lo hacen.

Han pasado años y todavía la condena eterna de ese tiempo me persigue. Hace poco me iban a llevar para el ejército. Cuando eso pasó me alegré mucho. Pensé que esa sería mi oportunidad para desquitarme e incluso lo dije en voz alta. Me monté en el camión sin ninguna objeción. Tanto así que los otros soldados se sorprendieron y me dijeron: “flaco, usted por qué nos odia tanto, nosotros no le hemos hecho nada”. Yo les dije: “tranquilos, yo quiero ir, quiero prestar servicio militar”. Me enviaron a hablar con la psicóloga. Le mostré cara de satisfacción y alegría. Mientras que ella me hacía preguntas procuraba reírme. No quería que notara el rencor que yo tenía por dentro.

Hubo un momento en que no sabía qué más decirle a la psicóloga, entonces hubo un silencio incómodo y ella habló: “usted no puede prestar servicio. Así usted me demuestre que no siente rabia y trate de ocultar lo que pasó, yo sé quién es usted. Usted es una víctima de nosotros y no puede estar acá”. Yo le respondí: “ya olvidé eso, ya no me afecta”. Ella replicó, “¿qué pasaría si yo le dijera que Sánchez está acá?”

Yo quedé muy choqueado cuando escuché esas palabras. Inmediatamente mi cara cambió. Pasé de la risa a la rabia. De la aparente tranquilidad a la angustia, de la contención al desenfreno. Mi rostro se volvió serio y el deseo de venganza se apoderó de mí con la sola invocación del nombre de mi enemigo.

Eso fue hace como dos años. Todavía siento el mismo odio. Quiero vengar la muerte de mi hermano. Solamente necesito plata para lograrlo.

Sé que parezco un psicópata, incluso sé dónde vive la mamá de cada uno de ellos.

Un día fui a visitar a un amigo que vive en Bogotá, un amigo que sí se fue a prestar servicio militar. Mi papá me acompañó. Mi padre sabía que yo tenía curiosidad de saber en dónde estaba Sánchez. De él era del único de quien quería saber, el resto ya no me interesa. Sánchez fue la persona que me humilló y es a quien más le tengo rabia. Él fue quien habló de la muerte de los otros, incluida la de mi hermano sin ningún rasgo de temor ni de respeto por la vida. Él era el que más soñaba con la plata y las condecoraciones que le darían por supuestamente dar de baja a guerrilleros, cuando solamente mataba a gente inocente. ¿Qué honor podría encontrar?, ¿cómo se sentiría al llevar consigo una medalla impregnada de odio y de sangre?, ¿cómo se sentiría gastándose el dinero que le dieron?, ¿qué pensaría mientras le compraba un regalo a su hija? ¿será que esa plata y esas medallas no le quemaban la conciencia? Al parecer a ese desgraciado nada lo hacía sentir, pues si hubiese tenido un rasgo de arrepentimiento no se hubiese burlado de mí. Por esto odio a Sánchez y por eso me vengaré de él.

Él está en Bogotá, sale con un dispositivo electrónico en la pierna. Se encuentra a cenar con la mujer y con los hijos. Visita a la mamá. Anda por la calle como si no hubiese hecho nada. Yo lo busqué en Facebook y le envié la solicitud de amistad, pero no me la quiso aceptar. Él sabe que si me la acepta podré ver todas sus fotos, saber más de él y escudriñar en su asquerosa vida.

El dolor que siento me consume vivo, siento que me consumo en un dolor infinito. Quisiera poder hablar de esto con más tranquilidad. A veces intentaba hablar con mi mamá, pero preferí no hacerlo de nuevo, el dolor de ella es más

fuerte que el mío. Mi dolor solamente le pone más peso a su tortuosa carga. De igual manera, ella sufre con mi odio. Ella tiene miedo de que yo haga una locura y que también me pierda. A ella le duele mi imposibilidad de perdonar. Siento que desde el día que sentí la ausencia de mi hermano no puedo perdonar a nadie. Ahora si alguien me ofende le guardo un rencor enorme, esa persona se convierte en mi enemiga. La única manera en la que creo que podría estar en paz es con la muerte de las personas que me hacen daño.

A veces me da miedo pensar que me convertí en un ser humano lleno de maldad y sin un poco de piedad por los otros. A veces me da miedo pensar que puedo llegar a ser tan monstruoso como los asesinos de mi hermano. A veces ni siquiera pienso, a veces sólo quisiera desaparecer para que estos sentimientos se vayan y me permitan dormir una noche en paz, una noche en la que no me despierte y recuerde la ausencia, el dolor, la sangre de mi hermano, sus súplicas y la humillación.

¿Por qué no puedo perdonar?, ¿cómo perdonar el asesinato de mi hermano? Mi hermano era quien más me amaba. A todas las novias que llevaba a la casa, siempre me las presentaba. A él le gustaba que mi presencia estuviese cerca de la suya. Le gustaba que yo me sentara en sus piernas. Él era como mi papá, y recordar esto llena de lágrimas, de dolor, de angustia, de miedo, de impotencia.

Hay días en los que camino sin rumbo, deambulo de lado a lado, sin ningún destino. Hay días que camino muy rápido, huyendo de algo, otros días voy muy despacio, siento que mi alma va más adelante y que yo no tengo fuerza para alcanzarla. Cuando ya no sé qué hacer me siento en un andén, me acuesto en el piso y me pregunto: ¿qué quisiera Simón de mí?

Enseguida caigo en cuenta que le fallé, caí en lo que él más me advirtió que no cayera. Él me dijo: “nunca lo quiero ver en malos pasos”, “nunca lo

quiero ver en cosas malas”. En los días que me lo mataron consumí droga. Tenía mucha rabia. No sabía qué había pasado y en ese momento aparecen amistades muy oscuras. Ellos se aprovecharon de que yo estaba en una situación muy delicada y caí. Desde ese día consumo. Es lo único que me hace huir de mí y olvidar. Por esta razón no me gusta que inciten a los demás al vicio, porque cuando yo estaba débil se aprovecharon de mí.

La droga me permite olvidar que quiero matar, que persigo la venganza con desenfreno. Consumir me da un alivio corto y me aleja de la ira de saber que lo engañaron y que se burlaron de sus ilusiones. Él se imaginó que con su sueldo le compraría algo a mi mamá, algo a su hermanito. En cambio, lo secuestraron, lo torturaron y lo mataron. Drogarme me distensionan los músculos contraídos por la humillación del día en que me enfrenté a mi enemigo y se rio en mi cara. El desgraciado ni siquiera fue capaz de pedirme perdón.

Han pasado doce años y no he olvidado eso. Ya he ido al psicólogo. ¿Será que nunca voy a olvidar todo esto? Si yo no olvido esto; no sé qué voy a hacer.

Cuando pienso en mi mamita creo que lo mejor es esperar a que ella muera para vengarme, así ella no sufrirá. Yo sé que mi familia le pide a Dios que yo sea una buena persona. Quieren que deje ese peso atrás, y lo intento, pero siento que el dolor es tan fuerte como el océano. Ahora a pesar del llanto, de estas lágrimas, de la voz que se me quiebra y del cuerpo que me pesa, puedo hablar. Por lo menos puedo saludar a un soldado que no tiene que ver con la muerte de mi hermano y actuar con normalidad, antes solamente quería abalanzarme sobre él y matarlo.

Por otra parte, me pasan unas cosas rarísimas. Una vez en Bogotá me gustó una chica. Me encantaba, pero tengo tan mala suerte, que la niña resultó ser

familiar de uno de los siete. ¿Por qué esa gente sigue apareciendo? Cuando a uno le gusta alguien no quiere que le pase nada, pero cuando ella me dijo los apellidos para mí fue una puñalada en el pecho, le sentí odio y amor al mismo tiempo, hasta pensé en hacerle daño. Busqué y encontré que era sobrina de uno de ellos. Yo le dejé de hablar porque me estaba gustando y porque le conté toda la verdad. Hay gente que no resiste la verdad.

Parece que la desgracia es mi sombra, anduve en el Bronx en mi adolescencia. Tengo un hermanito menor, quien a los doce años se nos fue de la casa. Se convirtió en un indigente. Él terminó viviendo en el Bronx y por eso yo también fui a parar allá. Conocí gente muy malvada, pero esa fue la gente que me ayudó a encontrar a mi hermanito. Cuando lo encontré me quedé más de un mes viviendo con él, sufriendo con él. Me siento orgulloso de haber sacado a mi hermanito de allá.

Logré convencerlo de regresar a Villavicencio. Estuvo con nosotros como dos meses y medio, pero se cansó y se volvió a escapar. Lo encontré de nuevo y le rogué que se quedara en la ciudad, en una olla en la que yo pudiera visitarlo.

Estando con mi hermanito aprendí muchas cosas, ¿cómo piensan los delincuentes de la calle? ¿Cómo se organizan las bandas de microtráfico?

Todo es triste y difícil de narrar...

A veces intento desahogarme con mis compañeros de clase sobre aquello que me hace sufrir, pero cuando les hablo, ellos sólo piensan que quien ha vivido en una olla es un bandido, es una rata, es un no humano y eso me llena de más rabia y rencor.

Hay momentos en los que no quisiera salir adelante sino hundirme en la droga y no saber nada. Olvidarlo todo.

Mientras que narro esto me pregunto, ¿por qué me quiero desahogar? Estoy muy dolido, este ahogo que tengo en el pecho me está matando. Sé que, a mi hermanito menor, al que fui a rescatar al Bronx, también lo mataron. Estoy seguro de que lo mataron hace poquito. Mi mamá cumplió años hace una semana y mi hermanito tenía que ir a la casa hace una semana a desearle el feliz cumpleaños a mi mamá, pero mi hermanito no fue, eso quiere decir que lo mataron. Él nunca había fallado a un cumpleaños de mi mamá. Ya me metí a todas las ollas de Villavicencio, a todas, y no lo encontré, no me dieron razón, me dijeron que hace rato no lo veían.

Él en este momento tiene 17 años. Antes se la pasaba en la olla del 01. Yo le decía: “voy a ir a llevarle comida el sábado al Parque del Hacha”. Él siempre llegaba y pasábamos unas tres o cuatro horas juntos, aunque él siempre se iba. Ya llevo varios fines de semana yendo al Parque del Hacha y él no llega. Fui a Cristo Rey para ver si estaba por ahí y no está. Voy al 01, a Brisas del Guatiquía, al Santafé y no está por ningún lado, por eso sé que me lo mataron, porque él siempre aparecía.

Le conté a don Saúl, el líder comunitario de Brisas del Guatiquía. Él me dice que no busque más, que no me vaya a meter en problemas, que ponga el denuncia y que deje que la justicia haga su tarea, pero díganme, ¿cómo confiar en la justicia? Además, mi hermanito es un indigente, y para los indigentes no hay ley.

Yo quiero enterarme quién fue la persona que mató a mi hermanito y en este momento me siento capacitado para enfrentarme a quien sea por él.

Tengo miedo de que mi mamá se nos muera de pena moral. Ella no come, cada día se ve más arrugada, más viejita, es como si para ella un año fuese una década. Es como si para ella la vida fuera una eterna audiencia.



Yo vi los cuerpos torturados de la masacre de Mapiripán

“

“Los recuerdos no son un relato apasionado o impasible de la realidad desaparecida, son el renacimiento del pasado, cuando el tiempo vuelve a suceder. Recordar es, sobre todo, un acto creativo. Al relatar, la gente crea, redacta, su vida. A veces añaden algunas líneas o reescriben. Entonces tengo que estar alerta. En guardia. Y al mismo tiempo, el dolor derrite cualquier nota de falsedad, la aniquila. ¡La temperatura es demasiado alta!”

(Alexievich, 2015, p. 15)

”



Mi abuelo es de Boyacá y mi abuelita es llanera. Mi abuelito llegó a trabajar al llano y se enamoró de mi abuelita, sin embargo, ella era la mujer del patrón de ambos. El patrón le pegaba mucho a mi abuelita; mi abuelo se dio cuenta de ello, así que la trató con más cariño, de una manera más romántica y entonces mi abuelita lo escogió a él.

Sus vidas no fueron paradisiacas, pese a vivir en un lugar que parece el paraíso. Se fueron para Puerto Rico (Meta). Ahí vivieron un tiempo y luego se mudaron a San José del Guaviare – donde había tan solo unas pocas chocitas. Antes de partir de Puerto Rico, miraron un potrillo y se enamoraron de él, como no tenían con qué comprarlo se lo robaron y anduvieron aguas abajo por el río Guaviare.

Iban con tres niños. Durante el camino hasta el Mielón, llegaron con cinco niños, – puesto que tuvieron dos más en el camino. (Hoy en día uno se demora una hora de acá, San José del Guaviare al Mielón, eso es un poco antes de llegar a Mapiripán).

Mi abuelo ahorró todo lo que pudo y trabajó en una finca que le costó 200 pesos. El vendedor simplemente le señaló hasta dónde colindaba la finca y de esta manera hicieron el trato. Mi abuelo le dio la plata y a simple voz hicieron el negocio. Tiempo después mi abuelo vendió la misma finca por

tres millones de pesos, y fue lo mismo: a simple señalamiento de la mano y con la sola voz; e hizo negocio sin necesidad de contrato.

Desde esa finca, mi abuelo fue avanzando aguas abajo por el Río Guaviare, con otro vecino. Compraron motosierras: querían colonizar. Llegaron a un lugar en el que querían radicarse, pero había un señor que, por el simple hecho de tener una mata de plátano, decía que todo eso le pertenecía a él. Así que, para no pelear, siguieron más abajo; navegando.

Finalmente, mi abuelo se ubicó en Mocuare, donde actualmente es una vereda y el otro vecino se quedó un poquito más arriba en un caño que le dicen caño Ñamú, cerca al Río Guaviare. En ese tiempo no había mucha civilización por esa zona. Solamente habitaban indígenas, quienes eran un poco agresivos, a veces llegaban a la finca a atacar al abuelo con puya y con flechas. Tanto así que cada uno de sus hijos a los 10 años tenía su escopeta y cuando los indígenas llegaban, hacían tiros para ahuyentarlos.

Todo esto fue antes de la guerrilla, del narcotráfico, de los paramilitares y del ejército, tal vez antes de los cincuenta. Por esta misma época vinieron unos misioneros, quienes venían a evangelizar al indígena. Entre ellos venían gringos y otros extranjeros. Comenzaron a estudiar la lengua de los indígenas, por tanto, se pudo tener una mejor comunicación con ellos. Cuando mi abuelo logró una comunicación fluida con los indígenas, las relaciones con ellos mejoraron sustancialmente.

A mi abuelo le ha gustado mucho el trabajo del campo, en su finca tenía la caña de azúcar, las piñas; frutales como guanábana, guayabas, tenía pasto, tenía ganado. Era una finca auto sostenible. Él le enseñaba eso a los indígenas, para que ellos también copiaran ese modelo. Aun así, los indígenas eran flojos para el trabajo. Nunca les nació tener la costumbre de cultivar y de

tener para el futuro. La vida de ellos siempre ha sido el momento, el presente. Lo que ellos reciben se lo gastan al instante.

Mi abuelo hizo muchas cosas que impactaron en la región, con la gente, tanto así que se hizo muy amigo de los misioneros. Precisamente por eso, hubo un misionero que quería que los tres hijos mayores de mi abuelo se casaran con las tres hijas de él en Estados Unidos. Mi abuelo sí quería, pero sus hijos estaban asustados de dejar al papá y no quisieron irse con el señor. Eso sí, una vez entró la guerrilla, los misioneros tuvieron que salir porque se sentían amenazados.

Había misioneros que también venían a estudiar la lengua indígena. Hay rumores, historias, de que se enguacaron con los indígenas, por ejemplo: encontraron unas múcuras, o unas cerámicas donde había piedras preciosas y le hicieron creer a todo el mundo que eso no servía para nada, sin embargo, se las llevaban y después de un tiempo, supuestamente, se las regresaban a los indígenas. Obviamente mi abuelo decía que eso era paquete chileno, o sea, que ya les habían hecho el intercambio. Así hay muchos rumores. Como estas zonas no eran tan exploradas, y el indígena no le tenía mucho valor al oro y a la plata, entonces puede que sí sean muy ciertas esas historias.

En todo caso, después apareció la guerrilla y salieron estos grupos misioneros. Por otra parte, comenzó a sembrarse marihuana y después coca. Debido a la abundancia de esta producción era muy normal que todo el mundo tuviera plata. Todo el mundo: desde las personas adultas hasta los niños.

No todos tenían un cultivo de coca o de marihuana, pero con el solo hecho de colocar un negocio de comidas, había bonanza, ya que todo negocio que se colocara era buenísimo; se movía el dinero.

Hay historias de personas de Mapiripán, Puerto Elvira, Miraflores, en donde hay pista de aterrizaje, que pagaban un vuelo para ir a cenar a otras ciudades. Por ejemplo, había personas que pagaban por un vuelo para ir a Villavicencio, solamente a almorzar.

Para todo el mundo había dinero, para el raspachín, el narco, el terrateniente, y por supuesto, para la guerrilla y para los paramilitares. La guerra y el narcotráfico han sido hermanos gemelos.

Esto condujo a una cantidad de problemas en la zona, aunque la gente no lo comprendía. Uno de los problemas más graves de esta región es la deforestación por la siembra de coca, ya que se ha deforestado desmedidamente para sembrarla. Aunque no todo el mundo lo hacía. Sin ir más lejos, a mis dos abuelos nunca les gustó trabajar con la coca. Yo puedo decir que mis tíos sí trabajaron con la coca, pero mis dos abuelos no. A uno de mis abuelos le gustó la ganadería y al otro la agricultura y esas eran sus actividades económicas. Esos fueron los trabajos a los que los viejos le entregaron la vida.

De un momento a otro, mi abuelo tuvo que empezar a tomar decisiones, pues al ver tanta milicia, tanto narcotráfico y tantos grupos al margen de la ley, sintió temor. No quería que sus hijos terminaran en malos pasos, es decir, en la guerra. Lo que hizo, fue dar las tierras para el internado y para el hospital de Mocuare. Así mismo, repartió algunas partes para los hijos, que tristemente no las aprovecharon. Por consiguiente, mi abuelo se fue a la sabana de Puerto Elvira y ahí comenzó de nuevo.

Mi abuelo pasó del Guaviare al Meta. Mocuare es del Guaviare y Puerto Elvira del Meta. Ahí, en Puerto Elvira nací yo. Nací de una familia que volvió a empezar de cero. Se volvió a reconstruir la finca. Con mucho trabajo la finca se logró posicionar: tenía ganado, agricultura y afortunadamente

colindaba con la carretera. Me crie ahí. Estudié en un sitio que quedaba a dos horas en bicicleta. El colegio se llamaba La Orqueta.

Todo iba bien, pero llegó el trágico año de año 1997; la guerrilla y los paramilitares también se disputaban territorios como Puerto Elvira. En cierta manera, ahí fue el primer desplazamiento que tuvimos. Nos tocó salir porque no podíamos estar en medio de la guerra. En ese desplazamiento a dos tíos los mataron. Mucha gente inocente murió. Entre esos estaban mis tíos.

A mis abuelos ni a mí nos amenazaron directamente, pero quedarse significaba estar en medio del enfrentamiento; significaba la muerte. El enfrentamiento era entre paramilitares y guerrilla, pero los paramilitares contaban con el apoyo del Ejército Nacional. Este apoyo les permitía hacer y deshacer; delinquir, degollar y todo lo que hicieron contra gente que era inocente y contra otros que sí pertenecían a los grupos al margen de la ley. Había mucha gente inocente que murió por el solo hecho de tener un familiar que estaba dentro de la lista que ellos manejaban. Mataban de una manera sangrienta, peor que si fueran animales.

Ese mismo año regresé a Puerto Elvira. Ese fue el año de la masacre de Mapiripán. A algunos muertos de Mapiripán los llevaron a velarlos en Puerto Elvira. Yo era niño y curioso, entonces fui a fisgonear cómo los habían matado. Fui con otros compañeros y obviamente lo que vimos fue diabólico: gente que estaba macheteada por lado y lado, cuerpos que no olían agradablemente, personas que tenían la cabeza arrancada. Había una señora que estaba en una bata azul, no la pudimos ver; pero decían que tenía la barriga apuñalada, porque le habían apuñalado al bebé.

Después de eso, la comunidad vivía llena de miedo, porque sabía que venían cerca los paramilitares a atacar a la guerrilla, y además estaban respaldados por el ejército. El ejército sabía que los paracos sí hacían lo que fuese, lo que

ellos quisieran hacer. Mataban como ellos quisieran matar y ejecutaban la justicia como les apetecía, sin importar que cayera gente inocente.

Por todo esto, a la comunidad le tocó desplazarse de Puerto Elvira. Todos nos fuimos por nuestros propios medios por el río Guaviare hacia Mocuare y de ahí salimos hacia Guerima, Príncipe, Puerto Gaitán y así llegar a Villavicencio. Algunos nos quedamos en Mocuare un tiempito, nos daba miedo quedarnos, porque los que se quedaron más del tiempo prudencial, llevaron una muerte atroz: los degollaron; a un finquero lo trajeron desde le finca amarrado a una volqueta, a rastras, por una zona pedregosa, donde las rocas le iban a hacer desear no haber nacido. Les importaba que la gente sufriera al punto máximo y que los demás vieran. No lo hicieron a escondidas, sino buscando que todo el mundo conociera su crueldad.

En el pueblo de Puerto Elvira también mataron a las personas delante de otras. Le pasaron una volqueta por la cabeza a una persona. Le quitaron la cabeza a otra y jugaron fútbol con ella. Esta historia me la contó mi madre, a ella le tocó vivir eso. Todo el mundo vivía asustado.

Perdieron también sus pertenencias. Era normal en los pueblos que, si usted tenía anillos de oro, manillas de oro, gargantillas de oro, también se exponía. Los paramilitares, además de matar, iban robándose las pertenencias de las personas. Ellos no tenían ningún grado de conciencia. Se decía que venían drogados para que no les doliera hacer nada.

Lo más injusto de esta situación es que el mismo Estado apoyaba a estos grupos. Eran órdenes de bien arriba, no de un capitán. Yo conozco a alguien que fue capitán. A él lo enviaron a esta zona a que apoyara a los paracos y él no quiso. Él dijo que no, que él no iba a dar su apoyo y que no iba a ser cómplice de las masacres; por esta razón lo sacaron del ejército. Peleó con el Estado y le dieron a regañadientes media pensión. Todos los errores que

ha habido han sido en gran parte culpa del Estado, pues ha contribuido a que se hayan hecho cosas injustas con muchas personas inocentes. Puede que hubiera personas que no eran inocentes, pero hubo muchas que sí.

Después de todo eso, terminamos acá en San José del Guaviare. Estuvimos internos en el colegio. Ahí estudiamos un tiempo. En seguida nos fuimos para Paratebuena. Regresamos otra vez aquí. No tuvimos una vida estable. Estuvimos en Villavicencio, pero regresamos acá. Terminé mi bachillerato aquí.

Cuando salí del bachillerato me puse a trabajar. Trabajé con una empresa en obras civiles. Quería cambiar mi vida, el rumbo, no quería armas, no quería odio, creía que sí era posible seguir adelante. Por eso, aprendí algo de administración. Después me fui a trabajar con las petroleras que ingresaron aquí a la región. Soy de la región y puedo entrar fácilmente por la junta directiva. Empecé en cualquier cargo, como auxiliar de topógrafo. De ahí ascendí y me fue muy bien con la petrolera. Tanto así que una empresa de geología me propuso trabajar con ellos. Pasé a trabajar con la geología en el departamento del Vichada. Aprendí temas de geografía. Trabajé dos años con la geología hasta que la empresa quebró por mala planificación: malos cronogramas de trabajo que no se cumplieron en el Vichada. Todos perdimos nuestros empleos. Yo volví otra vez aquí a la región (Al Guaviare).

Con parte del ahorro del trabajo comencé a hacer salidas con Ernesto, mi hermano, un guía ecológico. Yo sabía que aquí había unos sitios turísticos, pero no conocía muchos. Él me dijo que iban a estudiar el tema turístico y me interesé en saber cómo era el negocio. Vi que había la oportunidad de negocio en la elaboración de un mapa. Yo sabía algo de geografía. Manejaba el ARCGIS. Tengo algunas herramientas básicas y tenía mi GPS e hice el levantamiento topográfico. También hice toda la elevación TIN, que es modelo de elevación digital para tener realidad del terreno. Quería hacer un producto de mapeo de los sitios turísticos para venderlo a la secretaría de turismo de la

alcaldía, pero esta institución no está tan empoderada en el ejercicio turístico, no cumplían con mis expectativas de venta. Entonces preferí no regalar mi trabajo y al convertirme en conocedor de estos sitios me integré muy fácilmente al gremio de los guías. Empezamos a trabajar y vi otra oportunidad de negocio. Fue cuando creamos la empresa y decidimos trabajar con personas que nos aportaran todo su conocimiento y su deseo de transformación de la región. Hoy en día somos de las empresas más destacadas de la zona. En la empresa tenemos biólogo, traductor, comunicador social, yo soy la parte geográfica, topográfica. Tenemos guías con tarjeta profesional.

Ahora la empresa es mía porque he sido yo quien más ha trabajado. No obstante, no trabajo solo, tengo un grupo de aliados y socios estratégicos que no están únicamente por el dinero sino por el conocimiento. Trabajamos en conjunto para que esto crezca. Pasamos de recibir un grupo de turistas cada seis meses a atenderlos cada mes. A veces entre semana ya tenemos algunos clientes. Hoy podemos decir que los fines de semana no nos quedamos sin turistas. Las ventas las hemos superado y tratamos de ofrecer un servicio íntegro, porque esa fue la falencia de otras empresas que tenían más experiencia en el mercado. Ellos solamente se limitaban a vender la guía y el transporte. No ofrecían otros servicios. No ofrecían una cadena de valor del turismo en donde están unos eslabones muy importantes como son los eventos culturales: la parte del parrandón llanero, la visita al resguardo indígena y la comida típica. Se limitaban a ofrecer servicios básicos y no un paquete. Nosotros sí comenzamos a trabajarle duro a los paquetes. Esos paquetes ya aseguran la contratación de muchos eslabones del turismo.

Queremos que esto realmente le genere una economía sólida a la región, es decir, que el turista le deje unos ingresos al departamento. Deseamos que la región se vea realmente favorecida por una entrada del turismo y que lo vean viable como una alternativa de actividad económica y de vida distinta a la guerra, a la muerte, al conflicto y al narcotráfico.



Yo escuché los disparos con los que mataron a mi amiga la costeña

“

*La guerra es una vivencia demasiado
íntima. Es igual de infinita que la
humanidad.*

(Alexievich, 2015, p. 16)

”

En el tiempo en que mi mamá estaba embarazada de mí, le empezaron unos dolores tan fuertes que ni siquiera tenía la fuerza para mantenerse en pie. Los otros trabajadores de la finca tuvieron que sacarla en una hamaca hasta el pueblo más cercano. El más próximo era Bostece, a cuatro horas de Mesetas (Meta). En ese pueblo había solamente tres casitas. En una de ellas vivían unos amigos. Ahí nací, tal como todos mis hermanos que nacieron por parto natural. Nacíamos y nos cortaban dos centímetros de ombligo. La vida seguía, el trabajo no daba tregua y al día siguiente mi mamá tenía que regresar a su trabajo.

Crecí en una finca en la que se cosechaba coca. Mi mamá era la cocinera y mi papá trabajaba en la producción. Ellos trabajaban desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde.

Cuando escucho hablar a mis compañeros de la universidad sobre su niñez me da la impresión de que hubiésemos nacido en dos países diferentes, pues lo que yo más recuerdo de mi infancia es la vida de la violencia.

Voy a decirlo de una vez y sin tanto rodeo: mi papá trabajaba con Roma, el famoso hombre que ejecutó las pescas milagrosas en la vía Bogotá-Villavicencio. Este hombre iba a la casa a visitarnos y él quería llevarse a mi tercer hermano, a Felipe. Mi mamá se llenaba de pánico al escuchar esto y fue quien le dijo siempre sin titubeos que no se lo podía llevar, que no estaba dispuesta a entregarle otro hijo a la guerra.

Mi papá ayudaba a cuidar del ganado y le informaba a Roma sobre todo lo que pasaba en la finca. A veces el ganado se perdía y mi papá tenía que encontrarlo de cualquier manera porque para Roma no había excusas válidas.

Roma y los otros guerrilleros acampaban cerca de la finca y cuando el helicóptero Arpía se asomaba, les disparaban desde el aire. Del cielo no sólo caía agua, sino también mucha bala. Los que disparaban desde el aire no discriminaban, pues a nuestra casa en una ocasión le cayó una cocota de 50, destruyó el techo.

Los bombardeos eran tan seguidos que nosotros nos acostumbramos a eso, pues al otro día actuábamos de manera normal. No había tiempo siquiera para agradecer que quedábamos vivos. Nosotros recogíamos lo que sobraba de la artillería que caía de los bombardeos. En seguida, vendíamos lo que “reciclábamos” a la guerrilla por mil pesos. Esos desechos les servían a ellos para hacer bombas. En el campamento las hacían.

En ese campamento pasaba de todo. No solamente se hacían bombas, sino que también se curaban heridos, aunque cuando no podían tenerlos allá los llevaban a nuestra casa. Ahí permanecían por un tiempo. Muchos de ellos estaban mochados, tiroteados. A veces llevaban a alguna mujer abaleada y la guerrilla nos daba la orden de cuidarla. Si la persona se moría, teníamos que llamarlos. A veces no venían pronto y nosotros no nos sentíamos capaces de enterrarlos, ni tampoco teníamos el permiso para hacerlo, así que cuando pasaban muchos días el ambiente se volvía fétido y nauseabundo. Si usted se acercaba al cuarto, olía inmundos. Era muy extraño, seres humanos llenos de tiros y oliendo tan mal. Yo me imaginaba que era por las balas, del metal en la carne, lo que hacía que esos cuerpos olieran así.

A la casa también llevaban a los castigados –allá los sancionaban–. Les hacían cargar un palo durante horas, expuestos al sol, al agua, a los zancudos y al hambre. Yo a veces me quedaba viéndolos y me preguntaba: ¿qué pensarán?, ¿cómo lograrán pasar el tiempo así?, ¿qué fue aquello tan malo que hicieron?

Cuando no estaban amarrados, ayudaban a la señora de la finca, o sea, a mi mamá. A ella le gustaba mucho recibir su ayuda porque ellos tenían una fuerza descomunal, no se cansaban con nada y eran muy respetuosos. Lo grave del asunto era que en ocasiones los castigados se escapaban. Al día siguiente uno tenía que dar el informe. Tan pronto los comandantes recibían el parte, llamaban a todo el mundo para que empezara el bloque de búsqueda. Hubo momentos en los que los encontraron y los traían amarrados.

Había una muchacha que estuvo en la casa como tres semanas. Yo le sentí confianza de inmediato, me gustaba su voz y la manera en que me trataba. Nos conocimos y prontamente nos hicimos cercanos. Hacíamos bromas como con los amigos. Después de tres semanas, ella se escapó y los guerrilleros la cogieron. Cuando llegaron a la casa, ellos la tenían amarrada y eso fue muy triste para mí.

Mi mamá sabía lo que iba a pasar, por lo cual me mandó a jugar. Yo hice caso, y de repente escuché el disparo. Nunca más volveré a escuchar su voz.

Yo crecí viendo a los guerrilleros llegar a la finca. Ahora es que me refiero a ellos como guerrilleros, porque para mí siempre fueron mis amigos. Me alegraba cuando ellos llegaban porque me traían cosas, dulces de la tienda y cositas de comer.

Yo pasaba mucho tiempo en el campamento de ellos. Disfrutaba mucho del cariño de las mujeres. Ellas siempre me tocaban la cara y se emocionaban de ver un niño entre ellas. Me abrazaban, les gustaba quererme. Me invitaban a bañarnos al río. A mí papá no le gustaba que yo pasara tanto tiempo en el campamento porque podían presentarse enfrentamientos con el ejército o con los paramilitares.

La vida en el campamento era muy organizada. Unos traían los plátanos, otros la yuca. Cada uno hacía algo para que el campamento marchara como un relojito. La comida era muy rica y además se conversaba y se reía. Ellos siempre intentaron hacerme soñar, preguntándome: ¿qué le gustaría estudiar?, ¿qué le gustaría hacer al crecer?, ¿dónde le gustaría vivir?

Por más que ellos me preguntaran esas cosas, yo solamente soñaba con ser guerrillero. Cuando éramos pequeños nos dieron un libro, el libro que ellos cargan, el libro de los guerrilleros. No recuerdo cómo se llama el libro. Quisiera recordarlo para poder leerlo. Creo que ahora lo entendería más. Mi papá lo tenía. Yo a veces lo leía en voz alta, pero a mi papá no le gustaba que yo lo leyera.

Hoy tengo 18 años y no soy guerrillero porque vi que mi mamá sufría mucho por mi hermano, quien sí se fue para la guerrilla. Yo nunca lo conocí porque él se fue a los 16 años. Nunca lo conoceré porque ahora está muerto. En

un atentado contra un comandante, Alfonso Cano, mi hermano murió. El campamento fue bombardeado y ahí terminó la posibilidad de conocer a mi hermano. Cuando mi mamá vio la noticia en televisión lloró durante mucho tiempo y todavía llora. Ella no puede escuchar su nombre porque llora. Por esa razón yo no soy guerrillero.

Las bombas desaparecieron a mucha gente. Se encontraban dedos en los caminos. Ahora que la vida ha cambiado y estoy en la universidad, esos recuerdos me producen tristeza. Lo que le pasó a mi amiga, a quien le dispararon mientras yo jugaba, me da tristeza. Nunca supe su nombre, pero sí recuerdo que yo le decía “pescado”. Ella era de la costa y creo que allá comen mucho pescado. Además, ella pronunciaba esa palabra de una manera muy chistosa, decía “pecado”.

Una vez los guerrilleros estaban haciendo unas minas, las llenaban de clavos y otras cosas. Al muchacho se le explotó eso en las manos. Rogaba que lo mataran. Se lo llevaron para el campamento. Yo creo que allá lo mataron, porque nunca más lo volví a ver.

Hace un par de años nos mudamos a Acacías y desde hace un semestre me mudé a Villavicencio para estudiar en la universidad. La vida ha cambiado. Mis papás me pueden ayudar porque se dedican al ganado y a la agricultura. En la finca tienen dos hectáreas de plátano.

En las noticias se habla mucho del proceso de paz con las Farc, pero yo no me siento muy contento con eso, porque las Farc eran quienes ponían el orden en la comunidad y no eran tan desquiciados como los paramilitares que, con ayuda de los militares, mataban a los campesinos sin ningún miedo. Asomarse al camino de Villa Julia era enfrentarse a la muerte. A veces tiraban los carros llenos de gente a un hueco y los mataban, solamente porque creían que los campesinos ayudaban a los guerrilleros.

Las Farc hacían control de montañas. Nadie podía tumbar selva sin la autorización de ellos. En cambio, ahora todo el mundo tala, no una hectárea, sino cinco, diez o veinte. Cuando estaban ellos no se podía cazar lapa, ni pescar con malla, con bomba. Ahora cazan, talan y pescan con desenfreno. Incluso va gente de Villavicencio y de los otros lugares a acabar con todo.

Yo no sé si los de las Farc que están ahora en el Congreso puedan hacer más desde ahí, porque quienes negociaron fueron los grandes. Ellos están bien, mientras que a muchos de los guerrilleros rasos los están matando. Quienes están en los campos de paz están abandonados por el gobierno.

Tengo unas memorias difusas de cuando era niño, muy muy niño, de cuando hubo la zona de despeje. Recuerdo que de un momento a otro los guerrilleros tuvieron que salir dejando todo atrás. Había helicópteros por todo lado y se escuchaban disparos como cuando uno tiene un vecino escandaloso que escucha música a todo volumen y pareciera que estuviera en la casa de uno.

Recuerdo que la guerrilla conmemoraba la fecha en que mataron al Mono Jojoy. La manera en que rememoraban era disparando a cualquier avión del ejercito que pasara. Eran muchos guerrilleros disparando al mismo tiempo. En esos encuentros también decían que, si el Mono Jojoy estuviera vivo, no se hubiese firmado “la paz”, pues él no hubiese puesto en peligro la vida de los combatientes. También decían que él no hubiera permitido que liberaran a los secuestrados, y que con él sí hubiese sido posible llegar al poder a través de la lucha.

Hay grupos guerrilleros que todavía no se han desmovilizado, sino que siguen en la lucha. Por ejemplo, Calarcá. Él fue compañero de mi hermano, al que no conocí. Calarcá hace presencia en Mesetas y sus alrededores y es quien está mandando en esa zona. Supongo que lo que él quiere es intentar

recuperar el territorio para ser de nuevo la ley, deshacerse de los sapos de los paramilitares y de los ayudantes del ejército.

Yo quiero a la guerrilla. Gracias a ella, yo estoy estudiando. Roma le dio una plata a mi papá para mi universidad. Le dio la orden a mi papá de que yo estudiara y de que no me quedara trabajando en el campo. Cuando cumplí 15 años fui adonde Roma. Él me abrazó y me dijo que me quería mucho. La guerrilla ha cometido errores, pero creo que es mejor que el Ejército. Los soldados mataron a un amigo de mi hermano. Él estaba tomando, cogió su moto y de camino lo pararon y lo mataron. Lo peor de todo es que el amigo de mi hermano no era guerrillero. A otra persona le mataron a sus dos hijas por ser guerrilleras.

Ahora vivo con Tulio en Villavicencio. Él es otro de mis hermanos. Roma ha ayudado a todos mis hermanos. A uno le dio una finca y al otro, ganado. Mis hermanos han sabido trabajar y no dejar ir las oportunidades. Mis hermanos me ayudan.

Estoy contento estudiando contaduría pública, aunque nunca pensé que fuera a estudiar esto. En las clases, en especial en las de humanidades, me siento muy perdido, me cuesta captar las cosas abstractas.



El pensamiento me espera en el campo y no en la Universidad, relato de una víctima

“

*No conocíamos el mundo sin guerra,
el mundo de la guerra era el único
cercano, y la gente de la guerra era la
única que conocíamos. Hasta ahora no
conozco otro mundo, ni a otra gente.
¿Acaso existieron alguna vez?*

(Alexievich, 2015, p. 12)

”

“

Mi nombre es Jhonier Vega, nací en el Vichada. Viví en una finca hasta los dos años; la finca de mis abuelos paternos. Mi papá no quiso vivir más con sus padres. Él decidió buscar trabajo en el pueblo. Vivíamos en un ranchito de palma y tablas. Mi

papá trabajaba duro, pero la vida era difícil por el conflicto, por la guerra. El conflicto entre la guerrilla y los paramilitares era muy salvaje. La mayoría de ellos eran paramilitares, tanto así que la guerrilla no podía contra ellos. En ese momento no había Ejército, no sé si eso hubiese empeorado la situación o la hubiese mejorado. Solamente había policía y su estación era seguidamente bombardeada.

A los cuatro años inicié la escuela. Me iba con mi mamá agarrado de la mano y de camino veía cadáveres en el piso, en las alcantarillas y en las zanjas. Eso no producía ninguna alegría. Se sentía el frío y el terror en el ambiente. En las noches cuando estábamos en casa era terrible encontrar paz debido a las balaceras. Uno no sabía ni dónde esconderse. Inútilmente daban ganas de meterse debajo de la cama. Se escuchaba el sonido de los disparos muy cerca de nosotros.

Después de un tiempo mi papá compró una finca y decidimos irnos del pueblo. La finca era cerca a la escuela, aun así, mi papá o mi mamá me acompañaba porque el paisaje que se podía encontrar era de espanto. Mi camino a la escuela siempre me impactó porque veía hombres con fusiles, y de nuevo, más muertos.

En mi infancia vi mucha muerte en medio de la vida cotidiana. Había personas a quienes veía caminar por el pueblo o en el campo, o bailar en las fiestas, o jugar en el billar, o rezar en misa, o trabajar en las cosechas, u ordeñar en los establos, o vender y comprar en la plaza de mercado, y de un momento a otro estaban muertas en la carretera. Muchos estaban descuartizados. No necesité películas de terror para sentir miedo ni para llenarme de pánico.

A pesar de esas desgracias, la vida en el campo me encantaba. Mi abuelo me enseñó mucho, con rudeza, pero lo hizo. Él fue quien más me enseñó; fue mi maestro, porque a mí no me gustaba estudiar en la escuela. Siempre me

pregunté: ¿y para qué ir a estudiar?, ¿si lo único que encuentro de camino a la escuela son muertos?

En el campo con mis abuelos me sentía libre. Dicen que cada uno tiene una época en la vida que más añora: la mía fue en el trabajo de llano, es decir, estar en el caballo, tumbar los becerros, ordeñar, madrugar con el amanecer llanero; sentir el olor tan bonito en el corral e incluso ser revolcado por una vaca. Aunque esto último no producía dolor si uno estaba en compañía de los amigos, pues se hacía por diversión. Colear es el deporte nuestro y eso llenaba la vida de alegría.

Yo le decía a mi abuelo: “présteme dos vacas para colearlas”. Él casi siempre decía que sí. Entonces con mis amigos las coleábamos y eso nos embriagaba de vida. Lo repito, yo fui feliz en el campo a pesar de las desgracias.

Al crecer seguí estudiando, pero no era lo mío. Siempre perdía materias. Y como en el colegio me estaba yendo tan mal, mi papá me envió a estudiar a una escuela militar en Villavicencio. Tenía quince años.

Cuando llegué acá sentía que me hubiesen quitado la libertad, me sentí como un preso. Extrañaba la vida del campo: echaba de menos el coleo y el trabajo del llano que ya mencioné. No me hallaba en las madrugadas sin la posibilidad de ordeñar y de desayunar al mismo tiempo que el sol de la mañana me daba en la cara. Me imaginaba en la sabana revisando el ganado: si había un becerrito enfermo buscaba la manera de cuidarlo, e incluso de quitarle los gusanos para que se sintieran más tranquilos.

Cuando en Villavicencio iba a piscina recordaba que en la finca había un caño, bañarse ahí era muy placentero; era sentir que uno es un hijo de la naturaleza y que no necesitaba de nada más.

En las noches, después de llegar de la academia militar y me encontraba solo en mi cuarto, recordaba a mi abuelo y sus ocurrencias. Por ejemplo, una vez el viejo me hizo un obsequio un poco raro: me regaló un apero, pero sin caballo. Mi abuelo me dijo que ya me había ganado el apero y que ahora tenía que merecer el caballo. Tiempo después mi abuelo me sorprendió y me dijo: “mijo, esa yegua está preñada, cuando tenga el potrigo se lo puede quedar”. Me dio una felicidad infinita, tan inmensa como el horizonte llanero. ¡Yo, en mi propio caballo!

Lo llamé Pirata. Desde pequeño lo amansé y cuando el caballo cumplió tres años le puse la silla, no quise hacerlo antes porque no quería lastimarlo. Antes de los tres años mi caballo era solo para acariciarlo. Cuando uno cuida y domestica a un animal son muy cariñosos, muy tiernos. Empecé a salir a colear en él. Salíamos a los festivales y a los torneos de coleo del pueblo. Me iba bien, pero un día mi caballo se salió del potrero de la finca y se fue a un hueco, y para mi desdicha, murió.

Cuando mi papá notó que mi tristeza me consumía, me dijo: “Hijo, tranquilo, vamos a conseguir otro”. Así fue, no pasó mucho tiempo y ya estaba de nuevo cabalgando. Sin embargo, no tuve suerte, pues El Rey, mi nuevo caballo, se murió. Lo inyectaron porque le dieron unos cólicos. Se inflamó y amaneció muerto.

Yo estaba en Villavicencio en la entrevista para ingresar a la Universidad cuando mi mamá me llamó y me dijo: “mijo, se murió el caballo”. Me dio rabia porque no entendía el porqué se iba a morir mi caballo, si cuando yo me vine estaba muy bien. De nuevo me embargó la tristeza porque yo me encariño mucho con los caballos.

Ahora estoy en la Universidad. Voy al Vichada en vacaciones. Aunque ya me acostumbré un poco a vivir en la ciudad y me gusta lo que estudio, me

siento aburrido. Acá me siento muy estresado, mucho ruido. En cambio, en el campo es diferente, el silencio es otro universo. Solamente se escucha el ruido de los animales, en cambio acá sólo se escuchan motores. También me impresiona que la comida sea tan costosa. En el campo uno tiene su propio cultivo. Se puede cosechar yuca, plátano, patata, cebolla. Lo único que hay que comprar es el arroz, aunque uno mismo lo puede sembrar. A veces me dan ganas de llamar a mi mamá y decirle que envíe por mí. Aunque de nada serviría, irónicamente, mi papá está empeñado en que sea “alguien”. Lo único que podría funcionar es que me fuera muy bien para que mi papá me envíe tiquetes y pueda ir los fines de semana festivos. Afortunadamente la situación económica de mi papá mejoró mucho.

Este año no he ido, pero en Semana Santa iré. Ya quiero alistar maletas para irme y llegar para montarme en un nuevo caballo que mi papá tiene, se llama Pensamiento. Un caballo muy bueno para el coleo. Aun así, es difícil ignorar el dolor que siento por la ausencia de Pirata y El Rey. Cuando en el pueblo y en el campo ocurrían tantas desgracias y veía esos rostros de tristeza de las personas que habitaban allí, el consuelo más grande lo recibí de mis caballos. Es más, llegué a cuestionar el porqué dicen que los animales son salvajes, cuando yo veía que los animales lo único que nos daban era su cuidado, hasta con el alimento.

Ahora pienso que, si en este momento pudiese elegir entre quedarme acá y regresar al Vichada, creo que retornaría a la finca. Yo me crié en el campo y ese es el mejor lugar para mí. Allá fue donde aprendí a vivir. Yo creo que sé hacer de todo. No me dejo morir. Trabajo en todo lo que me salga.

Además, acá me siento como un extraño. Por ejemplo, yo soy suelto para hablar y los compañeros de la Universidad son más recatados para expresarse. Yo hablo como un criollo porque así aprendí. Yo tengo expresiones que ellos no entienden, por ejemplo, yo digo: “allá cogíamos cajuches” y no hay una

comprensión de que el cajucho es un jabalí. Acá no saben qué es el mañoco, que es yuca molida. Los indígenas también comen mucho mañoco. Se come con pescado.

A veces menciono los pescados y la gente no los conoce. No saben que el caribe es una piraña. Ni han escuchado hablar del payara que es un pescado con unos colmillos que producen miedo.

Todo lo que digo y en el acento que lo pronuncio les parece extraño y se ríen. Yo soy libre y pensé que ellos también lo eran.

He tenido que acostumbrarme a muchas cosas: a hablar diferente, a comer por un alto precio; al ruido, a la falta de brisa porque en esta ciudad los árboles ni se mueven. También me he tenido que acostumbrar a dormir en una cama, porque en la finca siempre dormí en un chinchorro. Así mismo, me he visto obligado a vestirme con zapatos, pantalón y camisa; allá me ponía pantalón solo para montar caballo. Allá pasaba el día descalzo, por esa razón mis pies son muy anchos. Allá sólo utilizaba pantaloneta y sombrero. La ropa me incomodaba por el calor. Acá vestirse es una cuestión de prestigio. Allá uno puede estar tranquilo sin necesidad de estar pendiente de que el otro se incomode con la presencia de uno.

También me ha parecido muy extraño la desconfianza que produce salir por miedo a que lo atraquen a uno. Hace unos días al salir de la Universidad, unos muchachos me cerraron para robarme. Me mandaron la mano al bolsillo y yo no me deje. Le quité la mano al muchacho y salí corriendo, tal como cuando quería apostar carreras con el ganado. Me asusté cuando los vi y supe de inmediato que querían robarme. Aun así, decidí que no me dejaría robar.

Por otra parte, hace un par de días en la casa de un compañero, de Rojas,

peleé. Un muchacho se estaba burlando de mí, de mi manera de hablar y de mis expresiones. Eso me incomodó. Él empezó a tratarme mal. Me decía que era un criollo malhablado. Le dije que no se equivocara conmigo. Estaba calmado, pero ante la burla y la humillación le pegué un golpe en la cara tan fuerte que mi mano se lastimó. Me sentí mal por este hecho, yo sólo quisiera que cada uno viviera su vida y encontrara a quien amar y a quien echar de menos, así como yo amo a mis caballos y extraño a Pensamiento...




Vivir en el campo en Colombia es convivir con la violencia



*¿Y la historia? Está allí, fuera. Entre la multitud. Creo que en cada uno de nosotros hay un pedacito de historia. Uno posee media página; otro, dos o tres. Juntos escribimos el libro del tiempo. Cada uno cuenta a gritos su propia verdad. La pesadilla de los matices. Es preciso oírlo todo y diluirse en todo, transformarse en todo esto. Y al mismo tiempo, no perderse. Fundir el habla de la calle y de la literatura. La dificultad adicional es que hablamos del pasado con el lenguaje de hoy. ¿Cómo se podrán transmitir los sentimientos de entonces?
Alexievich.*

(Alexievich, 2015, p. 19-20)





La mayor parte de mi vida crecí en el campo. Toda mi familia tiene origen campesino. No teníamos en un inicio los medios para movilizarnos a otro lugar, así que estábamos resignados a quedarnos ahí. Aun así, con el paso del tiempo se le toma mucho amor a la tierra y así haya para dónde irse, uno no se quiere marchar. Mis padres biológicos me abandonaron en la finca de mis abuelos maternos. Viví con ellos desde pequeña. Aunque no fue una estancia maravillosa, vivía llena de miedo. Si salía había temor a morir, puesto que había minas antipersonas y, además, paramilitares y guerrilla. Si uno se asomaba podía quedar atrapado en una balacera.

Había un toque de queda implícito, no era posible salir a la hora que uno quisiera. La noche no era solamente tenebrosa por los sonidos que esconde la oscuridad en el campo, sino ante todo por el miedo a terminar con una bala en la cabeza. Era extraño que la vista no le imponía a uno ningún límite; el miedo sí.

Mi abuelo con mucho esfuerzo y con un poco de suerte, pasó de ser muy pobre a convertirse en ganadero, así que de no tener prácticamente nada, se convirtió en un hombre que podía comer con dignidad y darnos a nosotros lo necesario para vivir. Eso fue un alivio en algunos sentidos porque como ya lo dije, mi mamá me abandonó junto con mi hermano pequeño.

Mi mamá nos desamparó por amor, ¡qué cosa tan extraña! ¿Acaso uno puede descuidar y hacer sufrir por amor? Mi mamá se enamoró de mi papá

y cuando quedó embarazada de mí, él la rechazó. Negaba su paternidad y se excusaba en decir que teníamos un color de piel distinto. Él decidió no darme el apellido, por tanto, mi mamá lo escogió a él. Le creyó a él. Él le impuso su verdad, aun cuando ella sabía que él había sido su único hombre.

Yo me quedaba sola en la casa de la finca con mi hermanito porque mi abuela era enfermera en el pueblo.

Me parecía muy bonito que ella se fuera en caballo a trabajar. La veía grande y poderosa montada en aquel animal. Mi abuelo se dedicaba a su trabajo y nosotros nos quedábamos encerrados a pesar de que hubiera tanto camino para andar. Cuando uno es pequeño no sabe cómo defenderse. Ahora me parece paradójico que uno crece es para defenderse de los otros.

Un día en que mi abuelo regresaba del pueblo, se bajó de su caballo, se quitó una carpa, estaba lloviendo muchísimo y estaba tronando. Cuando estaba en ese proceso sintió un dolor en el brazo, como si lo hubiesen quemado. Fue un tiro; se dio cuenta por la sangre. Él sintió mucho miedo porque en el momento del disparo estaba quitándose la carpa y todo ocurrió en el segundo de la oscuridad.

A pesar del dolor y del susto, mi abuelo corrió al cuarto y nos metió a todos allí. Cuando nosotros escuchamos un ruido, ilusamente pensamos que era un rayo. Después de que pasó un poco el miedo, mi abuela tuvo que curarlo muy rudimentariamente porque sentimos temor de ir al pueblo al puesto de salud. No se supo en ese momento de dónde vino el disparo y creo que eso nos hizo sentir mucho más miedo, porque el enemigo se presentaba como un invisible.

Al día siguiente los perros estaban inquietos. Mi abuelo los condujo cerca al barranco, al sitio de donde pudo venir el “rayo”. Ahí había huellas recientes. Pensamos que eran los rastros del enemigo. Seguramente ese día querían robarlo porque él venía con dinero del pueblo. Había logrado vender un par de vacas.

Ese día llamaron a mi papá biológico, en ese entonces él trabajaba como policía. Revisaron el terreno, pero no había indicios que determinaran qué pudo pasar.

A partir de ese día se tomaron precauciones, una de ellas fue recurrir al cuidado de mi bisabuela, (la mamá de mi abuelo vivía en aquel tiempo). Su casa era tal vez a quince minutos de la finca donde estábamos nosotros. Todos los días mi hermanito y yo nos íbamos para allá. En un costal llevábamos nuestras cosas, todavía lo recuerdo. Un día estando en casa de la bisabuela, llegaron unos hombres armados. Doparon a mi abuela y la amarraron a la cama y fueron tan desgraciados que además la desnudaron. ¡Qué habrá en el corazón de unos hombres para atreverse a desnudar a una abuela y más de las que son chapadas a la antigua!

Para mí fue muy traumático ver eso. Tan solo tenía seis años.

Había mucho cariño entre nosotras. Cuando iba nos cuidábamos mutuamente, puesto que yo era quien le recordaba tomar sus medicamentos. Nos escuchábamos y creo que nuestro cariño hacía sentir que la vida a pesar de todas las cosas, no era tan dura. Por tanto, verla amarrada y no poder hacer nada fue muy doloroso. Lo más triste es que parecería que la hubiesen drogado para siempre, porque desde ese día ella no volvió a levantarse de la cama.

A mi hermanito y a mí también nos amarraron a un palo de mango. Nos amenazaron con la muerte si gritábamos o hacíamos algún reclamo. Yo

solo lloraba y entre sollozos les pedía que no le hicieran nada a mi viejita, como si ya no le hubiesen hecho algo. Nuestros verdugos nos dejaron en esas condiciones y se marcharon. Cuando mi abuelo regresó, mi bisabuela prácticamente ya estaba muerta. Llamaron a mi abuela (la enfermera) para que la tratara, y también le avisaron a mi papá biológico para que él enviara una patrulla y así poder transportar a mi vieja al pueblo. Sin embargo, ya era tarde: la anciana ya no habitaba en este mundo.

No entendíamos quiénes estaban detrás de eso. Lo único que se nos ocurría era creerles un poco a los rumores que se esparcían por la vereda, los cuales rezaban que mi abuelo tenía plata y que por tanto la gente tenía celos de él. En realidad, ahora pienso que cuando la envidia invade el corazón de las personas no hay límites que impidan el daño.

Había gente que le sentía envidia a mi bisabuela porque sus hijos vivían en Bogotá y cuando venían a visitarla, traían carro y nos traían regalos a mi hermanito y a mí. ¿Será que estas son razones para tanto odio?

A mi abuelo fue a quien más duro le tocó en la vida. Él decidió permanecer en el campo en vez de irse a Bogotá. Una de las razones que lo indujo a quedarse, fue el hecho de que mi bisabuelo hubiese abandonado a mi bisabuela. Él no quería también abandonar a mi viejita. Mi abuelo sufrió mucho porque mi bisabuelo lo negaba, decía que él no era su hijo porque tenían un color de piel distinto: mi abuelo era blanco y su papá morenito.

Pasado un tiempo creímos que era posible vivir en paz, sin embargo, a partir del día menos pensado, unos hombres pasaban en una motocicleta y hacían un tiro al aire. Eso nos llenaba de espanto porque ya sabíamos que eran vecinos.

Nuestros vecinos tenían comunicación con los paramilitares de la región y aprovecharon eso para sembrar cizaña. Eso nos paralizó la vida, pues ya sabíamos que en la región los paracos mataban por un sí o por un no. Eran tan poderosos que si decían: “desnúdense”, la gente lo hacía. Si pedían que se les lamieran los zapatos, la gente los lamía. Su sevicia no tenía límites para sembrar el terror y para humillar a los campesinos. Cuando sacaban a los campesinos, les quemaban la ropa, y además le prendían candela a la tierra. Mataban a los perros. Y los campesinos quedaban a la deriva, queriendo huir de un infierno que ellos no crearon.

A las niñas en ocasiones las prostituían. Se las llevaban. Afortunadamente a mí nunca me raptaron. No sé por qué no lo hicieron. A veces creo que fue la protección de mi bisabuela. También creo que fue debido a la creatividad de mis abuelos que me escondían en los lugares menos pensados. Menos mal yo era chiquitica y podía meterme fácilmente en cualquier lado.

Por otra parte, mi mamá al ver el grave peligro en el que me encontraba, se quiso hacer cargo de mí. Se acordó de mi existencia. Ella se fue a vivir con nosotros un tiempo. Unos primos se quisieron unir. Todo por el deseo de acompañarnos. Era sólo por el deseo de no estar solos, pues sabíamos que la violencia no tiene reservas en acabar con uno o con veinte. Al parecer para quienes matan a sangre fría un número no dice nada, lo importante es el exterminio.

Cuando muere mi bisabuela, los paramilitares se apoderaron de su tierra, de su casa y de todo lo que a ella le pertenecía. Nos prohibieron acercarnos a esa tierra y nos dijeron, sin piedad alguna que si lo hacíamos nos matarían. Una tarde nos fuimos caminando en familia. No había luz eléctrica. Queríamos ver la finca de la bisabuela. Ver qué había pasado con la tierra. Íbamos caminando y decidimos coger unas mandarinas; parecía lo único que tenía vida en esa finca.

Uno de mis primos se metió más allá del palo de mandarina. Mi mamá se quedó conmigo. Pensamos que los paramilitares no estaban por ahí, pero infortunadamente sí, y esa fue la desgracia. Ellos estaban escondidos y salieron de su escondrijo. Salieron armados. Parecía que hubiesen salido de la tierra que ellos sembraron de odio y de dolor. Uno de mis primos escuchó a un niño llorar y decidió acercarse al lugar de donde procedía el llanto. El sonido salía de un cambuche de lona verde que los usurpadores habían improvisado.

Cuando mi primo se acercó encontró a un bebé, lo alzó, empezó a consentirlo para que no llorara más. De repente salió uno de los paramilitares. Un hombre de la región, todos lo conocíamos. Su apellido es Monroy. Se fue directo adonde estaba mi primo y le puso una pistola en la cabeza. Lo llevó hasta donde estábamos nosotros. Hasta la orilla de la carretera. Lo insultó, le dijo: “Perro hijueputa, ¿usted por qué está aquí? Yo les dije que no se acercaran acá”.

Mi mamá empezó a llorar del desespero. Le dijo que nosotros no estábamos buscando problemas y que sencillamente queríamos ver cómo estaba la tierra. También le pidió un pacto de paz. Que nosotros no queríamos más agresiones.

Mi abuelita se arrodilló y empezó a orar y les rogó que nos dejaran ir, que respetaran la vida de los niños. Ellos se reían y le decían que los niños son lo de menos. Monroy dijo: “si yo le quiero meter un balazo a esa niña simplemente lo hago, y qué”. Mi abuelita entre rezos le reclamaba el por qué de su sangre tan malvada. Mi abuela le decía que le pidiera a Dios perdón. Monroy decía: “Yo no creo en Dios, no creo en ni mierda”.

Mi primo quiso defenderse. Se peleó con uno de los paramilitares, pues llegaron más. Les pedía que lo mataran a él a cambio de que no le hicieran

nada a mi mamá. Mi primo tenía 20 años en ese entonces. Su desespero lo llevó a querer golpearlos y ahí fue: le metieron tres tiros en la cabeza.

Después le pusieron una pistola en la cabeza a mi mamá. La botaron al piso y la golpearon. Le rompieron un diente. La amarraron a un palo. Uno de los paramilitares se abalanzó a besarla a la fuerza. Quería violarla y mi mamá lo mordió.

Nosotros, los niños nos metimos debajo de las lonas verdes mientras veíamos cosas horribles. Cuando escuché los disparos y vi que mi primo estaba desfigurado, salí de la carpa. Corrí hasta donde estaba. Yo le gritaba que no se fuera, que no nos dejara, pero él ya no nos acompañaba en el dolor.

Como mi mamá mordió a uno de esos hombres también la iban a matar, pero yo corrí hasta donde ella estaba y les rogué que no la mataran. No sé que los apiadó, tal vez mi corta edad. Además, creo que yo producía miedo porque no dejaba de temblar. Además, tenía sangre de mi primo en las piernas.

Ahora que miro atrás, pienso en cómo tuve la fortaleza de tener a mi primo ensangrentado en mis piernas y no haber muerto del miedo. Tampoco recuerdo cómo empezamos a caminar de nuevo hacia la casa. No sé en qué momento nos dejaron ir. No sé por qué no nos mataron.

Cuando llegamos a la finca, le contamos a mi abuelo todo. Él decidió que nos fuéramos a vivir al pueblo. Sacó una casita. Nos fuimos a vivir allá. Para nosotros fue una maravilla porque ya podíamos salir a la calle con más tranquilidad. Podíamos ir al parque a jugar con mi hermanito. En el pueblo había muchos desplazados del campo y en el pueblo nos reconocíamos y nos ayudábamos.

Mi abuelito con sus ahorros se compró un camperito viejito, amarillo. Trabajaba con su carro haciendo expresos. Vivía de eso. En uno de esos días

de trabajo mi abuelo recibió un dinero y lo tenía en su carro. Tenía que hacer un viaje por los lados del Guamal, (cerca de donde nosotros solíamos vivir). Mi abuela lo quiso acompañar. Yo fui también con mi abuela. Soy muy dependiente de ella. No quería alejarme de ella ni un segundo.

Nos fuimos todos, excepto mi hermanito. Dejamos a la gente y de regreso mi mamá se vino con otra amiga que venía para los juegos campesinos. Todo parecía normal, pero hubo un retén paramilitar y nos bajaron del carro. Le pegaron a mi abuelo y le pidieron que entregara la plata. Es decir, al parecer ya sabían que mi abuelo llevaba dinero en el carro. Evidentemente todo el tiempo estábamos vigilados. Mi abuelo negaba que tenía dinero y pedía que dejaran ir a las mujeres. Igual que mi primo: pedía que le hicieran daño a él y no a nosotras.

Estos hombres no escucharon sus clamores. Le pegaron a mi abuela. Le quitaron la ropa y le gritaban: “perra, ¿otra vez usted?, ¿es que le quedó gustando encontrarse con nosotros?”. Mi abuelita solo lloraba y no sabía cómo hacerles entender que ella no tenía la culpa de nada.

A mí me pegaron en la cabeza. Yo quedé inconsciente. Cuando me desperté mi abuelo estaba sin ropa. Yo tenía la boca reventada. Tenía una pierna lastimada, al parecer me hirieron con un cuchillo. Todavía tengo esa cicatriz y cada vez que la veo me recuerda ese día. Tenía moretones en todo el cuerpo. Supongo que mientras estaba inconsciente me golpearon.

Cuando yo me desperté, a mis abuelos y a mí nos amarraron a un palo. Mientras nosotros estábamos inmóviles, le echaron gasolina al carro y le prendieron fuego. Mi abuelo lloraba como un niño pequeño. Ese carro era su medio de trabajo y lo único que le quedaba. Mi abuela lloraba. Ese era el valle de lágrimas.

Nos amarraron para disfrutar de nuestro sufrimiento. Fueron tan malvados que le pusieron el arma que mi abuelo tenía en el carro cerca de nosotros, para que cuando mi abuelo la cogiera ellos ya estuviesen listos para dispararle. Con un machete empezaron a pegarle planazos a mi abuelo, también lo estaban cortando. Fueron tan macabros que le quitaron un dedo. Le iban a quitar una oreja y la lengua, pero mi abuelo rogó que no lo hicieran. Yo gritaba y lloraba desesperadamente para que no siguieran en esa locura. Me pegaron y además cogieron unas tijeras y me trasquilaron. Me botaron como si fuera una cosa que no siente. Yo caí encima de unas piedras. A mi abuelo lo seguían golpeando, hasta que lo mataron a machete. Mi abuela terminó arrodillada frente a su cadáver. ¡Cómo olvidar ese horrible día!

Fueron tan desquiciados que incluso después de muerto querían quitarle la cabeza.

Mi abuela no hizo nada, solamente les rogaba que pararan.

Esos hombres tenían fusiles y otro tipo de armas. Inflingían mucho miedo porque estaban vestidos de militares. Había muchachos muy jóvenes. Niños que habían sido sacados de sus casas y los obligaban a ser como los paramilitares adultos. Les lavaban el cerebro diciéndoles que ellos tenían la mejor vida. Los convencían de que matar era tener el mismo poder de Dios. También reclutaban a niñas. Con ellas, el ritual era violarlas y enseguida ponerlas a matar. Sabían que ya las niñas tenían el alma envenenada y que harían lo que fuera con tal de dejar de sentir un poco de dolor.

Después nos fuimos quedando solos. Ellos simplemente se marcharon como si nada hubiese pasado. Como si la celebración hubiese terminado para ellos.

Todavía no logro comprender cómo un ser humano puede matar a otro



“

*“¿Cómo explicarle la guerra a un ser
pequeño? ¿Cómo explicarle la muerte?
¿Cómo responder por qué unas personas
matan a otras? ”*

(Alexievich, 2015, p. 20)

”

T

odo empieza con la historia de mi papá. Sin la historia de mi papá no es posible comprender mi tragedia.

Mi papá nació en Santiago de Cali en 1978. Cuando vivía allí con su familia, a mi abuelo lo amenazaron y se tuvieron que desplazar hacia el Guaviare, que como bien sabemos, para muchos pudo significar un

oasis. Además, en este departamento tenían conocidos que les ayudarían a conseguir trabajo, porque al parecer, allí todo estaba por hacer. Mi familia era campesina y la idea del Guaviare, verde en todos sus rincones, les gustó.

Estando en Guaviare, y dedicados a la vida de campo, mataron a mi abuelo delante de mi papá. A mi abuelo lo quemaron vivo. También intentaron quemar a mi papá, pero él logró desatarse de donde lo tenían amarrado. Cuando él logró huir se fue selva adentro y permaneció desaparecido durante un tiempo. Mi papá no pudo estar en el funeral de mi abuelo Jesús. Ni tampoco pudo consolar a sus hermanos, ni abrazar a su mamá para darle fuerza, ni rezar en el funeral.

Tiempo después, el sacerdote del pueblo lo encontró y lo escondió, puesto que a mi papá las Farc lo estaban buscando para matarlo, tal como lo hicieron con su padre. Con el paso del tiempo mi papá logró recuperar en cierta manera su vida y regresar a vivir con la familia. Aun así, había miedo; el terror del pasado deja una cicatriz permanente y lacerante.

Unos años más tarde, cuando mi papá ya no era un niño, sino un adolescente, a mi abuela la mataron los paramilitares. La acusaron de tener nexos con la guerrilla, cuando la única relación que ella podía tener con ellos era de miedo, y no sé si a eso se le pueda llamar un vínculo.

Mi abuela y sus hijos vivían en La Libertad, Guaviare. Ella ahí tenía sus negocios y buscaba trabajar como todo el mundo. La guerrilla estaba muy asentada en el pueblo, tenía mucho poder. (Hay una mujer que se llama Sandra, ella es parte de la familia, y ella fue testigo de lo que narro. Ella trabajó para mi abuela desde que era una niña y en gran medida, mi abuela la crío, creció como si fuera una hija más).

El día que mataron a mi abuela, en el pueblo estaban en fiestas y había mucha gente. Los paramilitares rodearon la zona y se dirigieron a buscar a mi abuela. Se escucharon disparos. La gente se alborotó y se dispersó por todo lado. Aun así, Sandra corrió hasta donde estaba mi abuela y la encontró. La habían acorralado. Hubo gente que intentó defenderla, pero contra el odio de las armas parece imposible escapar.

A mi abuela le dispararon en la frente. Mi tía Yamileth llegó al lugar de la tragedia y vio que mi abuela estaba muerta y que tenía el pantalón desabotonado; tenía signos de abuso sexual.

Era una locura que creyeran que ella y mis tíos tuvieran una conexión con la guerrilla.

Los hijos quedaron huérfanos y tuvieron que desplazarse de nuevo. Escapar y dejar todo. Es estúpido el nombre del pueblo del que tuvieron que huir en contra de su libertad. (El pueblo se llama, La Libertad). Yo no tengo muy claro para dónde se fueron, seguramente estuvieron vagando por la selva. Sólo sé que no podían estar en el pueblo y sus alrededores porque la muerte violenta los perseguía.

No sé cómo, pero terminaron viviendo en Villavicencio. En ese entonces mi papá tendría tal vez 17 años. Huyó con su hermanito menor, Lucas, de tres años de edad. Desde ese momento, mi papá y su hermano mayor, asumieron la responsabilidad de criar a sus hermanos menores. No tuvieron tiempo para llorar a sus papás cuando ya eran prácticamente padres de sus hermanitos menores. Trabajaron en el campo y en obras de construcción para buscar el alimento.

Cuando mi abuela paterna todavía vivía, en San José del Guaviare, mi papá conoció a mi mamá. Ella es de Bucaramanga, pero vivía allí debido al trabajo

de sus padres, aunque al cabo de un tiempo, mi mamá regresó a su ciudad de procedencia. Mis papás se conocieron en el colegio de mi mamá, ella no sabía si mi papá estudiaba ahí o simplemente era un fisgón. Mi mamá cuenta que un día él se quedó mirándola durante mucho tiempo y, sin que nadie los presentara, mi papá empezó a buscar la manera de hablar con ella y de hacerse parte de su vida. En un inicio mi mamá no sintió ninguna atracción hacia mi papá. Eran muy distintos. Mi mamá era hija de una familia con prestigio social y mi padre era un campesino, y no cualquier campesino: era un campesino desplazado.

En el Guaviare salían ocasionalmente; nada serio, no obstante, fue tanta la fuerza con la que mi papá amó a mi mamá que, cuando ella se regresó a Bucaramanga, él se fue detrás de ella a pedirle que fueran novios; tarea complicada, porque mis abuelos maternos no estaban de acuerdo con la relación. Seguramente, mi mamá percibió en mi papá algo que no había sentido jamás, no sé si era algo en él en sí mismo, o la sensación de vida que él le hacía sentir, pues algo la impulsó, no solamente a ser su novia, sino a marcharse con él a los llanos orientales.

El acento caleño de mi papá le fascinaba a mi mamá. Además, él era muy alegre, muy apasionado, tal vez él sentía que su vida no sería tan larga, porque todo en él indicaba que vivía cada segundo, como tratando de extender la ilusión de aquel tiempo que se nos va. Cuando todavía vivían en Guaviare, un día fue a recogerla al colegio en una motocicleta y como le gustaba llamar tanto la atención, hizo alguna pirueta rara y se cayó. A mi mamá le dio mucha risa porque sabía que él hacía todo eso para llamar su mirada, para que ella notara que él existía.

Antes de que mi madre se viniera a vivir con él a los llanos, mi mamá vino con su familia desde Bucaramanga a visitar a la tía Marta. Mi papá se enteró y puso girasoles en toda la cuadra del lugar donde quedaba la casa de la tía.

A mí mamá le daba un poco de miedo que mis nonitos la fueran a castigar por el show que estaba haciendo mi papá, ya que no solo eran los girasoles en la calle, también era una voz fuerte que gritaba el nombre de mi mamá. A pesar de la excentricidad de la situación, a mi mamá le encantaba la irreverencia de mi papá, pues a él lo tenía sin cuidado que no fuera aceptado por la familia materna.

Ellos dos tenían en común esa locura por la vida, ese deseo ardiente de vivirlo todo. Para mi papá era más sencillo porque se amparaba en su condición de varón, en cambio, para mi mamá era más complicado, pues vivía bajo las órdenes de mis nonitos. Considero que mi mamá vio en mi papá una entrada a un mundo de extremo, de aventura, de vida, de pasión. Curiosamente, yo quien hoy tengo la edad de ellos en aquel entonces, soy una persona muy calmada, muy tranquila.

En ese momento mis abuelos eran muy conservadores y veían con desconfianza el hecho de que mi mamá y mi papá estuviesen juntos.

A mi mamá le gustaba salir, sentirse libre, fugarse de la monotonía y escapar a lo desconocido, y eso era lo que mi papá podía representar. Seguramente mi papá supo que su manera de vivir tan libremente, sería irresistible para mi mamá. Yo no sé si mi mamá haya amado a mi papá, y eso me duele. Porque para mi papá ella sí fue el amor de la vida.

Mi mamá ahora me pide que supere toda esta situación, pero, cómo se supera lo que tiene preguntas infinitas, pues cada vez que le preguntaba algo, surgía otra pregunta y así hasta el infinito. Le pedía a ella que todos los días me hablara de mi papá; yo no quería olvidar cómo era. Todos los días quería que ella me dijera una palabra sobre él, que intentara simular un gesto, que me

contara una experiencia, que me repitiera las historias, porque creía que en los vacíos de las historias habría una nueva manera de recobrar a mi papá. Ella tenía paciencia y me contaba una y otra vez hasta que se quedaba sin palabras.

A mí mamá le gustaba narrarme las locuras que hacían juntos. Me hablaba sobre sus viajes en motocicleta. Cuando mi mamá me hablaba de ello, incluso recordaba la tensión tan grande que vivían por temor a mis nonitos. Ella, con mi papá, hizo todo lo que seguramente imaginó mientras estaba encerrada en su cuarto, en la casa de mis nonitos. Ellos eran muy estrictos y su principal preocupación era que mi mamá obtuviera muy buenos resultados académicos y que viviera de acuerdo con los valores que ellos le habían impregnado el espíritu.

Mi familia materna es tan conservadora que incluso han sido scouts, hoy en día todavía lo son. Querían que sus hijos se mantuviesen ocupados, pero mi mamá tenía otro tipo de espíritu y mi papá era ese puente que la conectaría con un estilo de vida más cercano a su deseo de libertad.

Mi papá emanaba libertad, porque yo, en el poco tiempo que lo conocí, lo sentí. Él nunca me impuso una manera de ser. Solamente me pegó una vez y fue por un sentimiento de envidia que él quiso erradicar de mí. Así como él me amaba a mí, amaba a sus sobrinas, a mis dos primas, a Angie y a Natalia, especialmente a Natalia. Antes de que yo naciera, ella era vida para él. Ella es hija de mi tío Giovanni. Eso fue en la última navidad que pasamos juntos. Él le regaló a ella una casa a escala y a mí me regaló una vajilla, (una vajilla de verdad, no de juguete, porque a mí no me gustaban los platos, ni los vasos de plástico que generalmente les dan a los niños. Yo no tomé tetero porque sentía repulsión a las cosas de plástico). Aunque quería la vajilla, sentí que el regalo que le dio a Natalia era mucho más llamativo que el mío, así que le reclamé por no darme una casa a escala. Hice pataleta y mi papá me pegó con una rama, asumo que de pringamoza.

Mi historia es muy desordenada, narro las cosas tal como están en mi cabeza, o sea confusas, de mi vida y de muchas cosas relacionadas con la historia de mi niñez, de mi mamá y sobre todo de mi papá, son confusiones.

Sé que ellos vivieron en Villavicencio tan pronto mi mamá se escapó de Bucaramanga. Yo nací en Villavicencio un año después de que ella empezó a vivir con él. Cuando mis nonitos conocieron la noticia de una nueva nieta se les difuminó el mal genio que tenían y aceptaron un poco más a mi papá. Precisamente pasó lo que ellos no querían de mi mamá: que fuese a quedar embarazada tan pronto. Ellos querían que sus hijas estudiaran y que vivieran muchas otras cosas antes de empezar con un proyecto familiar.

Mi mamá pasó a depender económicamente de mi papá y a criar a su bebé. Mi papá trabajaba durísimo, no quería que nos faltara lo necesario.

Todo lo que cuento, todas mis memorias han sido ayudadas a construir gracias a mis familiares, quienes me han tenido paciencia y me han contado hasta lo más íntimo de su memoria sobre mi papá. Por ejemplo, una vez íbamos de viaje con mi tío Giovanni y llegamos a una estación de servicio, a mi tío se le vistieron los ojos de llanto y me contó que cuando murió mi abuela, ellos buscaban trabajo incansablemente, sin embargo, encontraron una obra, y esa obra era la estación de servicio en la que estábamos, en donde gran parte de ella la construyó mi papá, que fue al único al que le dieron empleo.

La vida de mi papá y de mi mamá era muy distinta. Mi papá desde niño tuvo que trabajar y más cuando se convirtió en el papá de sus hermanos menores, tras la trágica muerte de mis abuelos. En cambio, mi mamá pudo escoger otro camino, aunque puede que ese haya sido su destino, y que no era posible escapar de él. Mi mamá pudo tener acceso a la educación superior, por el contrario, para mi papá eso estaba fuera de su horizonte mental.

Yo no sé si mi mamá se arrepintió cuando se dio cuenta de que todo no sería locura, ni oportunidad para la exacerbación de las pasiones. No lo sé, si lo hizo ya no podía hacer nada. Tampoco podía volver adonde mis nonitos como si nada hubiese pasado. Ella siempre ha dicho que fue feliz con mi papá, que yo fui una niña muy deseada. Incluso me contó que mi papá cambió mucho: dejó de jugar, dejó la locura porque ahora estaba yo, y ese era su pensamiento más constante.

Unos pocos años después nació mi hermano. Mi papá salía a trabajar todos los días, mi mamá se quedaba en casa cuidando de nosotros. En ese tiempo aprendió a cocinar y a hacer labores del hogar que nunca había hecho. A veces mis tíos paternos le hacían bromas a mi papá porque su esposa no sabía hacer nada y porque era un tanto altiva. Aun así, mi mamá se esforzaba y todos lo hacían, todos querían que estuviéramos bien, pero no logramos escapar de la tragedia, porque cuando mi hermano era todavía un bebé, a mi padre lo mataron.

Mi papá tuvo que viajar unos días antes de su muerte. No sé a dónde exactamente, pero sé que fue en el Meta. Cuando él venía de regreso, llamó a mi mamá y le dijo que en media hora llegaría a casa. Por lo cual puedo concluir que ya estaba cerca de Villavicencio. Le contó que estaba muy cansado del viaje pero que pronto estaría en casa para poder estar con nosotros. Cuando mi papá viajaba, me gustaba saber que estaba a punto de regresar; me emocionaba muchísimo. Siempre me vestía bonita para su llegada, a él siempre le gustaba salir conmigo a algún lugar. Ese día mi mamá me dijo que el vestido que me había puesto estaba muy viejito, muy feíto, entonces me cambió. Me puse a llorar porque ese era mi vestido favorito; era un vestido blanco, que de lo viejito ya parecía amarillo, probablemente era de muy mala calidad. El que me pusieron era rosado, generalmente me

ponían prendas de este color, o ese es el color que más recuerdo de mi ropa de niñez. Yo tenía cinco años cuando mi papá murió. Yo tenía cinco años cuando me quedé aguardando un abrazo de mi papá a su llegada.

Mi mamá quedó sola y con dos hijos. Ella había hecho un técnico y eso le sirvió para conseguir empleo. Su vida se transformó aun más, ahora su tiempo era sólo dedicado al trabajo. Su trabajo era pesadísimo y lejos, laboraba en Granada. Se desplazaba todos los días, ida y regreso. A mi hermano y a mí nos cuidaba una tía. A veces mi mamá no podía regresarse porque no tenía dinero para ponerle gasolina a la motocicleta. En algunas ocasiones no tenía ni para comer.

A partir de entonces, toda mi vida se volvió confusa, los días cambiaron para siempre. La manera en que veía el mundo se volvió borrosa. En especial porque me quedé esperando a mi papá, me quedé con el vestido rosa esperando a que él llegara a caminar conmigo, a jugar conmigo. Para colmo, nadie me contó nada. Cuando le preguntaba a mi mamá por mi papá me decía que seguía de viaje. No entendía el por qué se demoraba tanto, por qué no regresaba.

Me cuesta hablar con certeza sobre mi infancia, o de esa etapa de mi vida, porque yo tenía la esperanza de que mi papá regresaría. Alimentar una esperanza fallida es el veneno más aniquilante. Yo siempre me quedé esperando a mi papá. Recuerdo que todo en mí era confusión. Empecé a entrar a todos los lugares que frecuentaba con mi papá, les preguntaba a las personas si lo habían visto. Lo buscaba debajo de la cama. Mi mamá decía que yo la iba a volver loca, pero no se atrevía a decirme la verdad.

De un momento a otro empecé a ir a un psicólogo, sin saber la razón.

Un día mi mamá estaba lavando algo y yo estaba en el patio. Ahí había un árbol, también estaba el garaje. Yo estaba jugando en el suelo y de repente

me incorporé y me fui corriendo a abrazar a alguien, pero no había nadie más en la casa, solamente mi mamá y yo. Cuando me di cuenta de que no había a quién abrazar, me puse a llorar desconsoladamente y a decir que mi papá se había ido, que ya no estaba. Eso fue mucho tiempo después de que mi papá murió. Todas estas cosas afectaban mucho a mi mamá. Ella sufría con mi dolor, con mi confusión, pero no sabía cómo decirme que mi papá ya no estaba vivo.

Me enteré de que mi papá murió por imprudencia. Toda la familia sabía, menos yo. Un día estaban hablando sobre algo, yo estaba por ahí, jugando, posiblemente imaginaron que yo estaba descuidada, pero no, yo estaba alerta. Estaban hablando de la muerte y supe que, la persona a quien se referían era mi papá, pero no me atreví a decir nada, ni a preguntar. No recuerdo cuántos años tendría, para mi todo era caos, el tiempo era desordenado, no era lineal, todo pasaba al mismo tiempo, o tal vez no pasaba, yo no sé ni cómo vivía, tal vez por eso este relato es tan ambiguo.

Para mi mamá era muy difícil mantenernos, así que mis tíos paternos se hicieron cargo de mi hermano y de mí. Yo me fui a vivir con mi tía Yamileth a Yopal. Fue una situación muy extraña. Estábamos en la casa de mi tío en Villavicencio y me preguntaron, ¿quieres ir a donde tu tía en Yopal? Yo me imaginé que era solamente de visita, no a vivir. No imaginaba que era irme para siempre. No creía que significaba separarme de mi mamá y de mi hermanito. La pregunta que me hicieron junto con su respuesta se materializó al día siguiente, puesto que de un momento a otro ya me encontraba en una casa distinta, con otra realidad.

Me sentía como una extraña y lloraba todo el tiempo. Había una señora que ayudaba en la casa, ella se compadecía y me motivaba a calmarme. Me había quedado sin mamá y sin papá y sin entender el porqué. Pasaba horas mirando a través de la ventana, con la esperanza de que mi mamá llegara y me llevara

consigo. A veces se me olvidaba que estaba en Yopal, entonces le hacía preguntas repetitivas a mi tía, “¿dónde estoy?, ¿por qué estoy acá?”. No sé si ella me contestaba siempre, sólo sé que se apiadaba de mí, que entendía mi sufrimiento. Mi tía me quiso mucho, pero yo deseaba volver a estar con mi papá, con mi mamá, con mi hermanito. Ese deseo todavía habita en mí, ha sido el deseo más fuerte, el más intenso, pero me lo arrebataron. Aunque yo sé que mi papá está muerto, hay una ausencia que se transforma en un deseo auto-aniquilante.

Uno de esos días mi mamá llegó en la noche. Yo ya estaba durmiendo. Ella me despertó para darme un beso. Dormí tranquila, sin miedo. Me levanté al día siguiente ilusionada, pero mi mamá ya no estaba. Yo pensé que había sido un sueño, aunque fue verdad. Yo quería en parte que fuera un sueño, así que me acostaba a dormir cada noche deseando que el sueño se repitiera.

Viví casi dos años con mi tía, no estoy segura de eso. Después volví a vivir con mi mamá.

Yo no pude vivir el duelo de la muerte de mi papá. Todo fue rápido y confuso. Yo no tengo una fecha exacta del momento en que me enteré de la verdad de la muerte de mi papá, ni de sus causas. Todo ha sido a medida que pasa el tiempo, es una historia que todavía no comprendo, es una historia que tiene mil incógnitas. ¿Por qué mi papá está muerto? ¿Luego mi papá no estaba de viaje? ¿Quién lo mató?

Mi papá tenía los ojos muy grandes, eso es algo que recuerdo de él. Sus ojos eran bonitos y expresivos. Mi mamá dice que yo me parezco mucho a él. Aunque quien más se parece es mi hermanito, él es una replica física del ser humano a quien más amé. Recuerdo a mi papá con una camisa de cuadros roja, era chistoso, porque le gustaban las camisas muy grandes, una

o dos tallas más que su talla. No se metía la camisa por dentro del pantalón, entonces la camisa le quedaba larguísima. Hay una fotografía en la que él está con Angie, mi prima, en Cali, y él vestía esa camisa de cuadros. A él le gustaba vestirme como él se vestía, con camisas de cuadros y sombreros, pero mi mamá me vestía con vestidos rosaditos. Hay otra foto en la que él tiene esa camisa y está conmigo. Es una foto que me gusta ver, así ya la conozca de memoria.

Yo nunca voy a conocer a una mejor persona que mi papá, y no porque sea mi papá. Mi papá era un muy buen ser humano, ayudaba y no importaba a la persona que fuera. Era una persona muy sencilla, muy noble en el trato, en la palabra, en el afecto. Yo era muy pequeña, tenía cinco años cuando él se fue, pero quisiera haber valorado más el tiempo con él, valorarlo a él, su manera de ser. Él siempre intentaba hacerme reír, le gustaba que jugáramos. Yo a veces me impacientaba y eso hoy me duele mucho. Él se esforzaba mucho por hacerme feliz, pero yo era muy seria, muy fría, un poco esquivada. Es más, todavía soy así. Casi no demuestro el cariño, casi no me gusta que me abracen. Aunque sé que soy capaz de querer a la gente.

Yo sentía en mi papá a un amigo, no una autoridad. Encontraba en él refugio. Cuando él llegaba de viaje me nacía abrazarlo. Mi mamá me cuenta que él estuvo conmigo desde que salí del vientre. Él me disfrutó. Él gozó de su paternidad conmigo. Yo tenía días de nacida y él me llevaba de viaje. Todo el mundo lo acusaba de loco, pero él disfrutaba mi compañía.

En algún momento de mi vida sentí mucha rabia, deseo de vengarme contra los militares que mataron a mi papá para hacerlo pasar por guerrillero, pero sé que eso no me devolvería el sueño de tener a mi familia junta. El sentimiento de venganza se fue hace mucho, pero hay cosas que me afectan mucho más que eso, por ejemplo, el dolor de no sentir mi hogar. No es solamente la muerte de mi papá en sí, sino la manera en que nuestras vidas se quebraron.



La violencia del país es endémica



*¿Por qué, después de haberse hecho
un lugar en el mundo que era del todo
masculino, las mujeres no han sido
capaces de defender su historia, sus
palabras, sus sentimientos?*

(Alexievich, 2015, p. 14)



U

n 13 de mayo de 1997 en la clínica Meta, de la ciudad de Villavicencio, en Colombia, alrededor de las 2:30 pm, nació una niña de siete meses, tan pequeña como un antebrazo, esa niña soy yo.

Mis padres decidieron llamarme Lucía. Ahora pienso que es paradójico que los padres le den un nombre a uno cuando no es amado. Nací como una niña no deseada, una bebé víctima de un error. Pese a eso, a mi mamá nunca se le cruzó por la mente abortar, ¡gran alivio para mí! O quizás no, no lo sé.

Desde que estaba en la barriga de mi mamá comenzaron los problemas, problemas que a esa edad ya sentía, extrañamente aún estaba en la panza y ya sabía que era fruto de una familia sin amor. Recibí el odio que podría recibir un asesino, un psicópata y no un bebé. Mi papá era casado con otra mujer, quien también estaba embarazada; de esa relación nació mi hermano Felipe, y a los pocos meses nací yo.

Fui rechazada por toda la familia de mi papá. Decían que no era hija de él. Se atrevieron a decir que mi mamá era una prostituta. A pesar de su negación, desde el primer momento en que salí del vientre de mi mamá, yo era idéntica a mi papá; no hubo necesidad de prueba de ADN. La familia de mi papá me conoció al año (a excepción de una tía, quien quería ver si me parecía a ella y entonces fue a conocerme, y vaya sorpresa, era la copia exacta de esa familia).

Me cuentan que mi abuelo paterno me quería mucho. No recuerdo nada porque murió cuando yo tenía alrededor de dos años. Quizás se fue con la sensación de haber conocido a una niña que lo miraba con ojos de ternura y le acariciaba el rostro. Nunca sentí remordimiento hacia él, en cambio, a mi abuela paterna me tomó mucho tiempo perdonar.

Por otra parte, ¿qué puedo decir de mi familia materna? Fueron el odio y el amor en un mismo cuerpo. Quizás mi abuela sintió ganas de ahorcar a mi mamá por quedar embarazada y más de mi papá; lo odiaba y aún lo odia con cada fibra de su ser, aun así, le tocó aceptar. Mi madre no tuvo el apoyo financiero de ellos, le tocó irse a vivir con mi papá, pero mi papá no tenía un trabajo estable; no tenía cómo sostenernos bien, y para colmo, mi mamá dejó de estudiar porque nací yo. (Puede que sea mi culpa lo que le sucedió a mi mamá después).

Mi madre me contó que, en un principio, experimentamos lo que era un día sin comer; vivimos de una manera que ella no le desearía a nadie. Tiempo

después, mi papá consiguió un buen empleo y obtuvo un mejor sueldo. Aunque, ¡oh sorpresa! en vez de gastarlo en nosotras, lo gastaba en trago y mujeres.

Tengo dos tías maternas, Juana y Olga. También tengo un tío materno, Mateo. Mi tía Juana y su esposo son mis padrinos de bautismo. Mis padrinos son personas maravillosas. Ellos creyeron que la relación de mis padres podría darse, que tan solo necesitaban un empujón, por tanto, apoyaron a mi mamá en su relación con mi papá. A cambio de eso recibieron todo el odio de mis abuelos maternos. Incluso fueron maldecidos por mi abuela. ¿Es justo que recibieran eso? En este momento tengo 20 años y aún sigo preguntándome lo mismo; sin embargo, me atrevo a decir que no. ¿Cómo condenar a alguien por ser bondadoso? Además, no sé cuál sea la razón de condenar a una hija por ayudar a su hermana, ¿acaso no provienen ambas del mismo amor, del mismo vientre? El resto de mi familia materna me quería mucho, aún lo hacen. Crecí con ellos. Quizás su amor y cariño me ayudaron a ser la persona fuerte que soy, o bueno no tan fuerte, pero al menos no me he derrumbado.

De los primeros años de mi vida recuerdo muy poco, tal vez un 10%; el resto me lo ha contado mi mamá. Cuando uno es muy niño y empieza a descubrir el mundo, cree que su papá es un súper héroe, ese era mi caso. Lo admiraba tanto y de un momento a otro, su imagen se fue convirtiendo en la de un ser despreciable. Mi papá empezó a tener muchas mujeres y a preocuparse más por ellas que por mí o por mi mamá. Yo no necesitaba ni exigía regalos; lo que necesitaba era el amor de mi papá. De cualquier modo, él prefirió la vida doble, no sé ni para qué quería tener una familia. A lo mejor, desde allí comienzan todos mis traumas.

A la edad de seis años comprendí que la inestabilidad, fruto de nuestro drama familiar, sería un rasgo característico que me acompañaría por el resto de

mis días. Ya había vivido en casa de mi abuela, lugar donde el ambiente del dolor, los gritos y los reproches se mezclaban con la comida, con la televisión y con las más simples conversaciones del día. Para mi sorpresa, mis papás decidieron tener otro hijo, mi mamá se ilusionó tanto con la idea que, cuando supo que era una niña entró en depresión. Ella no fue la única en conmocionarse, yo con 6 años moría de la envidia al pensar que alguien más podría recibir todo el amor que yo no había recibido. Tanto odié tener un hermano, que me llevaron donde una psicóloga. Ella me ayudó bastante, me estaba volviendo una niñita insoportable, una niña que no podía resistir saber que su existencia no fue suficiente para armonizar el ambiente familiar.

Finalmente, logré aceptar ese cambio que se avecinaba en mi vida. Para mi alegría e incluso para mi asombro, cuando mi hermana nació fue lo mas lindo que había vivido. Solo tengo imágenes cortas en mi mente, en todo caso, sé que fui muy feliz. Tenía con quien jugar, con quien hacer travesuras, con quien ser feliz.

Empecé a crecer junto a mi hermana. Mi papá encontró un trabajo lejos de nosotras. Eso lo alejó cada vez más y como si fuera poco, lo convirtió en el ser humano que más temor me ha inspirado. Los pocos recuerdos bonitos que tenía de él se quedaron en un pasado que parecía no ser mío. Mi papá era claramente una persona egocéntrica, narcisista y por encima de todas las cosas: machista.

¿Qué ha de hacer una niña de nueve o diez años? Yo creería que jugar con sus muñecas. En mi caso empecé a jugar con la imaginación para tratar de no pensar en los episodios de violencia que se presentaban en mi casa. Yo era solo una niña, no entendía nada, por eso imaginaba que vivía en una pesadilla, aun así, tuve que despertar y darme cuenta de que la realidad era más cruel que la misma pesadilla que yo me imaginaba. Desperté a la fuerza porque tenía que ayudar a mi mamá, no dejarla derrumbarse.

Además de los golpes que mi madre recibía, mi papá la torturaba pasándole por la cara cuanto vieja le pusiera cuidado. Se burló de mi mamá, sin embargo, mi mamá no quiso abrir los ojos. Peleó con mucha gente por defender a mi papá. Lo defendió tanto que con el paso del tiempo tuvo que comerse sus palabras. Mi papá se convirtió en un monstruo. Un monstruo que mi hermana y yo empezamos a odiar.

Mi mamá pasaba horas sentada en una esquina de la casa, con la mirada perdida, parecía una muerta. Lo único que tenía funcionalidad era su mano, que se acercaba a su boca con un cigarrillo que parecía interminable. Mi madre se destruía lentamente con nicotina. Parecía que la esquina en la que se sentaba fuera su lugar en el cuadrilátero, aunque ella ya sabía que perdería la pelea, por eso sólo esperaba, sin hacer nada, porque cuando mi papá llegaba de viaje iba enseguida al rincón de mi madre y la golpeaba.

Todo esto nos hizo, a mi hermana y a mí, odiar a mi papá. Seguramente le deseamos la muerte. Le deseábamos la muerte porque todo empeoró, al punto que me tocó empezar a meterme en las peleas de ellos. Tuve que levantarle la mano muchas veces a mi papá. Era eso o que matara a mi mamá. En esa época yo no superaba los 13 años.

Como consecuencia del infierno que vivía a esa edad, entré en una depresión terrible, y lo peor era que todos parecíamos muertos, nos volvimos incapaces de ver el dolor del otro. En mi familia nadie se dio cuenta de mi sufrimiento.

La única preocupación de mi mamá era recuperar el amor de mi papá (como si alguna vez lo hubiese tenido). Su ceguera nos invisibilizó. Yo aprendí a cortarme las muñecas. En ese momento quería hacerme daño y sentir satisfacción, pero no quería matarme. En ese tiempo mi mamá era otra persona, ella no era la misma personita feliz que en algún momento de la vida me sentaba en sus piernas y me daba la comida. Se convirtió en

una mujer triste y oscura, peleábamos mucho, como si no fuera suficiente la violencia de mi papá.

Ella no supo entender mis gritos, yo solo necesitaba que me rescataran. Una pregunta empezó a agobiarme desde entonces: ¿A qué vine al mundo y cuál es mi misión? Aún no tengo la respuesta, y en ese tiempo menos; el caso es que, en una de esas peleas con mi mamá, me ató un cable al cuello y lo halé tan fuerte que sentía mi respiración entre cortada y no podía pasar saliva. Ese día quise acabar con mi vida, pero me dio miedo y no fui capaz.

Después de esa pelea tan dura recurrí a mis amigos, quienes han sido maravillosos. Siempre han estado presentes para escucharme y apoyarme cuando más lo necesito. Si no fuera por ellos mi mundo sería más turbio de lo que ya es.

El infierno continuaba. Una vez mi papá le enterró un balín con una pistola de aire en el dedo gordo del pie a mi mamá y no le importó. Mi mamá duró mas de tres meses con eso adentro. Otro día casi la mata con un cuchillo, y para colmo, un 31 de diciembre. ¿Quién puede tener un buen inicio de año después de eso? Nadie, absolutamente nadie. Fue el episodio mas traumático de mi vida. Fui yo quien tuvo que evitar que él matara a mi mamá, por tanto, recibí de ese ser despreciable un puño que me reventó la boca. Él se convirtió en mi peor pesadilla. Él es el hombre que ha intentado matar el cuerpo y el espíritu de mi mamá.

La presencia de mi papá en nuestras vidas era horrorosa, además del dolor que ya nos causaba, también parecía un agente torturador. Me exigía tanto que a la gente le daba lástima y se atrevían a decirle que me estaba volviendo loca. A él no le importaba e hizo caso omiso. Todo lo que él hacía era echarle más leña a la hoguera de mi odio hacia él.

Me pregunto una y otra vez, ¿qué había en su corazón para que fuese tan mezquino? No lo sé, y es posible que nunca lo sepa.

Para que el odio no me tragara viva quise buscar escapes, maneras de entrar en otra cápsula, en otra burbuja. Por ejemplo, conocí un grupo de música al cual me aficioné. Aparte de eso, llegué a obsesionarme con mi cuerpo. Quería ser el tipo de mujer con la que los hombres añoraban salir. Tenía 14 y sufría porque quería medir 1,80 cm, cuando en realidad medía 1,57 cm. Quería ser extremadamente flaca, pero me sentía gorda. Eso me terminó de hundir en la depresión. Me cortaba las muñecas, odiaba mi cuerpo, no me aceptaba tal cual era. Vivía llena de complejos. Mis amigos me animaban con sus palabras, me decían que era linda y hermosa, además, me pedían que no me cortara las muñecas.

En esos momentos, cuando las palabras de mis amigos lograban consolarme, pensaba que Dios envía personas para que te salven cuando sientes no poder más. A esa edad mi vida se tornó en un círculo vicioso: cortarme, llorar, pelear, ganas de suicidarme, odiar a mi familia y finalmente no hacer nada y seguir viva.

Sé que todas las personas tenemos problemas, sé que todos sufrimos y lloramos. Sé que la vida es una lucha eterna, pero también sé que hay personas que soportan más que otras y yo no sé hasta cuándo mis traumas, mis miedos y mis pesadillas me permitirán vivir.

Tengo 20 años y aún sufro de depresión. Hace dos meses me volví a cortar las muñecas. Me impresiona saber que, aunque uno dice que se ama, quiere hacerse daño. He llegado a pensar que a veces uno desea que las penas del alma duelan menos que las penas del cuerpo.

Toda mi situación me ha llevado a buscar el cariño paternal en los hombres. Esto me ha traído muchas angustias y otros pesares. He vivido episodios en

los que “amigos” se han aprovechado de mí cuando estoy borracha. También reconozco que he querido sanar mi vacío con hombres.

El cambio de colegio a la Universidad fue abrupto, en especial porque conocí a alguien con quien empecé una relación. Quise amarlo y darle todo el cariño que añoraba dar, pero este hombre rompió todas mis ilusiones y me hizo sacar lo peor de mí, (yo pensaba que ya no era posible seguir hurgando en el dolor, pero siempre es posible ir más allá, caer más bajo, odiar más). Ahora desconfío de quien me hace sentir querida y sufro porque sé que los hombres me observan como si fuera un pedazo de carne caminando.

Podría pensarse que me encanta revolcarme en mi propio fango, pero no es así, quiero quitar toda la rabia que siento contra mi papá. Es veneno en su estado más dañino. Sin embargo, los recuerdos me laceran el alma y me mantienen atada al mal genio y al dolor.

En clase de comunicación leímos un cuento de *Charles Bukowski*. Se llama, *La chica más guapa de la ciudad*. El texto cuenta la historia de una mujer muy joven que no ha sido amada por los hombres. Ella siente que los hombres sólo quieren su cuerpo. Ella se hace daño porque odia su belleza. Se atraviesa alfileres en su nariz y tiene innumerables cicatrices en su piel. Algunas de ellas han sido hechas con una botella rota que ha recorrido ciertas zonas de su cuerpo. Un día atraviesa el umbral y muere: se corta el cuello con una botella.

Este cuento se quedó en mi mente y me hace sentir identificada con Cass. Deseo no vivir la misma historia de Cass y terminar traspasando el límite de cuando me corto las muñecas.

Hay algo que siempre me ha impedido cometer una locura: todavía sueño. Quisiera irme lejos, a otro país. Vivir en esta ciudad me atormenta. Tengo

problemas que se reflejan en cada palmo de este lugar. Tengo problemas que no se cómo solucionar, y eso me hace sentir estancada, atrapada en una telaraña construida por mi peor enemigo.

Intento abrir los ojos con fuerza para ver con claridad qué hacer, aun así, sólo veo sombras que me confunden. Empecé estudiando ingeniería civil y me cambié a administración de empresas. Cambiar de carrera fue difícil, porque fue aceptar mi frustración. En civil me sentía bruta. Sentía que no pertenecía ahí. Estaba ahogada en mi propio vaso de agua, y en las noches, o los fines de semana, viviendo en la condenación de mi casa.

Mis frustraciones amorosas, familiares y académicas me han llevado, como ya lo he dicho, a buscar escapes. He llegado a probar la marihuana y el tussi. Las relaciones con los otros me duelen y lo peor de todo es que siento que es por mi culpa, al albergar buenas expectativas de los demás.

Siento que todo me agobia, hasta la presión social. La presión es muy difícil de manejar cuando eres una persona tan impulsiva. Por ejemplo, hace poco estaba tomando y rompí una botella, me corté la mano con los vidrios, ni siquiera sé qué pretendía hacer. Sé que debo cambiar, pero no sé cómo empezar, porque me siento una inútil en algunas ocasiones.

Lo que más me hace daño es el odio que siento por mi papá. Procuero no odiarlo, en especial porque hace poco tuvo cáncer. Pensé que su enfermedad lo transformaría, pero no, al contrario, tuvo un hijo en Palmira, nos enteramos hace un año, creo que todas esas cosas no me dejan perdonar.

Sentir tanta rabia, tanta tristeza, tanta decepción, tanto vacío no es fácil, no saber qué hacer con tu vida no es fácil, estar en un limbo del cual no sabes dónde estará la salida no es fácil. Desear la muerte a tu propio padre es

horroroso, dado que después viene el arrepentimiento, y es más fuerte que el mismo deseo.

No soy tan madura como desearía ser. No sé afrontar las cosas. Me hace falta creer en mí. Yo sé que, si no creo en mí, nadie más lo hará. Ahora sólo quiero esperar que la vida poco a poco ponga las cosas en su lugar, mientras tanto buscaré la razón por la cual vine a este mundo. No quiero seguir viviendo así.

Esto era un poco de mí, una parte que casi nadie logra ver, porque prefieren quedarse con lo superficial.

Conocer los mundos de cada persona es maravilloso. En todo caso, hay personas que se creen jueces, juzgan, son los sembradores de la discordia y los prejuicios. Es en este punto en donde creo que más nos equivocamos, porque si no existieran los prejuicios, seríamos libres, buscaríamos la verdadera esencia de la vida en las personas y podríamos ayudarlas y animarlas a salir de sus infiernos.

Esta es parte de mi historia, no hay ni una quinta parte, pero contar este trozo y sentirme escuchada me ayudó a liberarme de un peso que nadie anhela tener encima.

Referencias

Aleksievich, S., Y., & González, Z. G. (2015). *La guerra no tiene rostro de mujer*. Debate.

Grupo de Memoria Histórica. (2013). *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad informe general*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.

Proust, M., & Vanity Fair. (2011, August). *The Proust Questionnaire*. Retrieved from Vanity Fair: <https://www.vanityfair.com/magazine/2000/01/proust-questionnaire>



